

Junio 28 de 1951

15ª REUNION — Continuación de la 11ª SESION ORDINARIA

Presidencia del doctor Héctor J. Cámpora y del ingeniero Natalio Trebino

Secretarios: doctores Leonidas Zavalla Carbó y Rafael V. González

DIPUTADOS PRESENTES:

ALBRIEU, Oscar E.
ÁLVAREZ PEREYRA, Manuel
ALLUB, Rosendo
ARGAÑA, José M.
ASTORGANO, José
AYALA LÓPEZ TORRES, Francisco
BAGNASCO, Vicente
BENITEZ, Antonio J.
BERETTA, Eduardo
BERNARDEZ, Manuel
BIDEGAIN, Oscar R.
BONINO, Alberto C.
BRUGNEROTTO, Juan N. D.
BUSTOS FIERRO, Raúl
BUTTERFIELD, Humberto
CÁMPORA, Héctor J.
CAMUS, E. P.
CANÉ, José
CARRERAS, Ernesto A.
CASAS NOBLEGA, Armando
CLEVE, Ernesto
COLOM, Eduardo
CONTE GRAND, José Amadeo
COOKE, John William
CURSACK, Roberto Enrique
DÁVILA, J. Aníbal
DECKER, Rodolfo A.
DEGREEF, Juan Ramón
DE LA MORRE, Juan
DE PRISCO, Guillermo
DÍAZ, Carlos A.
DÍAZ, Manuel M.
ERRO, Saturnino S.
ESTRADA, Angel C.
FERNÁNDEZ, Hernán S.
FERRANDO, Manuel P.
FILIPPO, Virgilio M.
FORTEZA, Eduardo Julio
FREGOSSI, Luis J.
FRONIZZI, Arturo
GARAGUSO, Bernardino Hipólito
GARAY, Marcelino S.
GARCÍA, Manuel
GUARDO, Ricardo C.
HARAMBOURE, Horacio

IBARGUREN, Prudencio M.
ILLIA, Arturo U.
LAGRANA, Héctor D.
LAREO, Ricardo
LAVIA, Ludovico
LELOIR, Alejandro H.
LEMA, Manuel E.
LETAMENDI, Balbino (h.)
LÓPEZ SERROT, Oscar
LUCINI, Raúl Felipe
MACHARGO, Alfredo F.
MARIATEGUI, Angel S.
MARINI, Angel C.
MAROTTA, José
MARTÍNEZ LUQUE, Enrique
MERCADER, Enir E.
MESSINA, Humberto
MIEL ASQUÍA, Angel J.
MONJARDIN, Federico F.
MONTES, Abel
MONTES, Juan Manuel
MONTES DE OCA, Carlos
MONTIEL, Alcides E.
NOVELLINO, Francisco
OSINALDE, Rafael
OTTONELLO, Benito J.
PALACIO, Ernesto
PASQUALI, Juan Domingo
PEREA, Pedro J.
PÉREZ MARTÍN, José
PIRANI, Antonio S.
PONCE, Angel I.
PONTIERI, Silverio
REFETTO, Agustín
REYNÉS, Leandro R.
RICAGNÉ, Roberto
ROCHE, Luis Armando
RODRÍGUEZ, Manuel
RODRÍGUEZ, Nerio M.
ROJAS, Absalón
ROSSI, José
RUDI, Ricardo
RUMBO, Eduardo I.
SÁNCHEZ, Pedro
SANTANDER, Silvano
SAFORITI, Luis
SARAVIA, Teodoro S.

SARMIENTO, Manuel
SEEBER, Carlos Manuel
SILVESTRE, Adolfo J. B.
SOLA, Fernando
TEJADA, Ramón Washington
TILLI, Pedro
TOMMASI, Victorio M.
TORO, Ricardo
TREBINO, Natalio
URTIAGA BILBAO, Mateo de
VAREA, Isidoro
VELLOSO COLOMBRES, Manuel F.
VERGARA, Amando
VILLACORTA, Luis René
VILLAFANE, José María
VISCA, José Emilio
VISCHI, Albino
VITOLO, Alfredo R.
YADAROLA, Mauricio L.
ZAMUDIO, Juan Carlos

AUSENTES CON LICENCIA:

BRUNO, Domingo
DELLEPIANE, Luis
DÍAZ DE VIVAR, Joaquín
LASCAR, Guillermo F.
MALDONADO LARA, José María
PASTOR, Reynaldo A.
SAN MILLÁN, Ricardo Antonio
STINCO, Lui A.
VALDEZ, Celestino
VANASCO, Julio A.

AUSENTES CON AVISO:

ATALA, Luis
PEREYRA, Luis Alberto
ROUGGIER, Valerio S.

AUSENTES SIN AVISO:

GIL FLOOD, Mario
RABANAL, Francisco
URANGA, Raúl L.
ZAVALA ORTIZ, Miguel Ángel

SUSPENDIDO:

BALBIN, Ricardo

SUMARIO:

6

- 1.—**Moción** del señor diputado **Miel Asquía** de preferencia para el proyecto de ley de represión a argentinos que propiciaren sanciones políticas o económicas contra el Estado.
- 2.—La Honorable Cámara estudia **en comisión** el proyecto de ley a que se refiere el **número 1** de este sumario.
- 3.—**Consideración** del despacho producido por la Honorable Cámara constituida en comisión en el asunto a que se refieren los **números 1 y 2** de este sumario. Se sanciona.

4.—**Apéndice:****Sanciones de la Honorable Cámara.**

—En Buenos Aires, a los veintiocho días del mes de junio de 1951, a las 16:

1

MOCION

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa la sesión y queda reanudada la conferencia, con la presencia de 82 señores diputados.

Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Miel Asquía. — Voy a formular moción de orden de desplazar el asunto que está considerando la Cámara en comisión, para tratar un proyecto de ley presentado por el señor diputado Colom y que es natural consecuencia de hechos que son del dominio público, interno y externo. Pareciera que no han desaparecido aún aquellos malos argentinos que el Gran Capitán, en su hora, supiera anatematizar con frase lapidaria, y aun hoy los tenemos luchando desde el exterior por postrar a nuestra patria bajo el yugo imperialista foráneo.

Nosotros no vamos a admitir que argentinos descastados pretendan atentar, desde el exterior, contra la grandeza y la soberanía del país, con el ánimo de aplastar su independencia económica, porque si ha costado sangre lograr la independencia política, estoy seguro que la presente generación, si cabe, también sabrá derramarla para defender los sagrados intereses del país y realizar la verdadera independencia, la independencia integral del pueblo argentino.

El señor diputado Colom ha sabido, con el proyecto que ha presentado ayer a la Honorable Cámara, interpretar esa inquietud ambiental y proyecta normas que reprimen ese delito que se está cometiendo desde el exterior y que, como he señalado, ya el Gran Capitán condenó frente a los argentinos que antaño hicieron otro tanto.

Esa acción antiargentina se viene desarrollando no sólo desde la vecina orilla, sino desde Río de Janeiro, Lima, Santiago de Chile, ciudades de Estados Unidos y Cuba; en fin, de todas partes. En este recinto ya se la ha puesto en evidencia en el debate relacionado con un proyecto originario del diputado Marotta, acerca de las actitudes asumidas en un congreso obrero celebrado en Méjico. Y así, todo eso comporta un propósito de avasallar lo que ha sido logrado en gesto altivo por el pueblo argentino, que ha sabido, en hora magnífica como lo fué el 17 de octubre, reconquistarse a sí mismo, en una revolución incruenta, en una revolución en el verdadero sentido jurídico de la palabra, que ha transformado los aspectos político, social y económico que hacen a la vida nacional. No nos ha de extrañar, señor presidente, que puedan levantarse no sólo aquí sino también afuera, voces de protesta; nosotros preferiríamos que lo hicieran aquí para luchar valientemente, frente a frente, y no agazapados desde el exterior y a sueldo, vendiendo a la patria. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Parece mentira, señor presidente, que esto nos ocurra, precisamente, en esta hora del mundo, en que frente a dos fuerzas antagónicas, la de derecha y la de izquierda, que luchan por la hegemonía, tratamos de hacer prevalecer, con el pensamiento del genio que conduce los destinos del país, una doctrina con un contenido de profundo amor humano. Es una tercera posición, que hace viable la vida pacífica del hombre mediante el trabajo, facilitándole toda suerte de oportunidades para el logro de sus más caras aspiraciones. Esto por un lado, en tanto que por otro, lo ampara, lo defiende en su debilidad económica para que sobrelleve con dignidad y con holgura los destinos de los suyos o sea de su familia. Vale decir, libertad individual y protección colectiva.

La Constitución Nacional ya configura el delito de alta traición, pero referido solamente para tiempo de guerra; sin embargo, también existen otros delitos de ese tipo que podemos calificar de alta traición en tiempo de paz. Tales son los que se cometen contra los esfuerzos de un pueblo que aspira a liberarse económicamente, apoyando a los imperialismos.

Muchos son los incursos en tales delitos que se venden por treinta dineros y muchos son los pueblos que se ven azotados por tales individuos. Allí están las seudas ligas del Caribe, juntas de la democracia y otras entidades por el estilo, creadas para responder a inconfesados intereses.

También sabemos cómo son capaces los pueblos de levantarse cuando se los quiere ahogar por la fuerza y con el dinero; observemos lo ocurrido en varios países de nuestro continente.

Solicito, pues, que la Cámara se constituya en comisión para abocarse al estudio del proyecto de que es autor el señor diputado Colom por el cual se reprime con prisión de tres a quince años e inhabilitación absoluta y perpetua a todo argentino que desde el exterior propicie, desde la prensa, la radiotelefonía o cualquier otro medio de difusión, la aplicación de sanciones políticas y económicas contra el Estado argentino.

Creo que, dadas las actuales circunstancias, es oportunidad adecuada para que este Parlamento de la revolución legisle sobre estas formas de delinquir, que en realidad no son tan nuevas, y en este sentido recuerdo lo que dijera el general San Martín respecto de los malos argentinos que desde el exterior pretendieron atentar contra los sagrados intereses de la Nación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia, cumpliendo con un deber reglamentario, informa a la Honorable Cámara que hay dos mociones de orden a su consideración: una, de aplazamiento del asunto que se discutía en comisión; y otra, de que se vuelva a constituir la Honorable Cámara en comisión para abocarse al tratamiento del proyecto de ley del señor diputado por la Capital a que se ha referido el señor diputado autor de la moción.

Por otra parte, la Presidencia consulta al señor diputado por la Capital sobre si propone el aplazamiento del asunto que la Honorable Cámara consideraba por el tiempo que demandó el tratamiento del nuevo proyecto de ley que pide sea considerado de inmediato por la Honorable Cámara constituida en comisión.

Sr. Miel Asquía. — Sí, señor presidente; en ese sentido he formulado la indicación.

Sr. Presidente (Cámpora). — Queda momentáneamente levantada la conferencia.

Se va a votar la moción de aplazamiento con el alcance que le ha dado el señor diputado por la Capital autor de la moción.

—Resultado afirmativa de 93 votos; votan 102 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — En consideración la moción de orden presentada por el señor diputado por la Capital, de que la Honorable Cámara se constituya en comisión para el tratamiento del proyecto de ley sobre represión de la propaganda antiargentina realizada desde el exterior.

Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — La Cámara asistió ayer al espectáculo realmente extraordinario de que se postergara la consideración de asuntos fundamentales para tratar una orden del día por la cual se resuelve declarar el mes justicialista

y levantar un monumento al presidente de la República, o mejor dicho, al jefe del Partido Peronista.

Sr. Visca. — A la nueva Argentina.

Sr. Presidente (Cámpora). — No interrumpa el señor diputado por Buenos Aires al orador que está en el uso de la palabra.

Sr. Frondizi. — El señor diputado López Serrot fijó con claridad la posición del bloque de la Unión Cívica Radical y denunció lo que eso significa en este momento del país, en que el pueblo espera angustiado que se le resuelvan problemas fundamentales de su vida política, económica, social y cultural; que espera angustiado que se restablezca la seguridad para la vida y el honor de los habitantes de la República.

Pudo decir con verdad el señor diputado López Serrot, que nosotros, minoría en la Cámara de Diputados, representamos al Parlamento de la democracia de la República, mientras acusó a los diputados de la mayoría de representar la Cámara de Perón.

Sr. Visca. — El 24 de febrero no fué así, señor diputado.

Sr. Frondizi. — Ahora asistimos a otro hecho más extraordinario. Se posterga la consideración de ese asunto para sancionar una nueva ley represiva dirigida contra los que no son peronistas. Este Parlamento será seguramente consagrado en la historia como el que ha dictado más leyes represivas de las libertades y de los derechos de todos los habitantes de la Argentina.

A nosotros no se nos oculta el significado de la ley que se pretende sancionar por parte de la mayoría peronista. Desde hace tiempo asistimos a un espectáculo realmente degradante: toda la prensa del oficialismo, que es casi toda la prensa del país, salvo alguna excepción, está dedicada a la persecución, a la implacable persecución contra el honor de habitantes del país y de argentinos que viven en el exterior, sin posibilidad de defensa alguna de ese honor injustamente atacado.

Ahora se trata de un proyecto por el cual se pretende castigar a los que en el exterior sostengan ésta o aquella idea. Con él se pretende defender la soberanía del país del ataque de algún argentino que resida en el exterior no por propia decisión, sino porque ha tenido que dejar el país porque su atmósfera era irrespirable.

Sr. Vischi. — Por cobardes...

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — Cobardes no son los hombres que como Sanmartino, como Rodríguez Araya y como Cattáneo han dejado el país por de-

cisión de este bloque y del propio partido, ya que nos hemos convencido que no podían seguir viviendo en la República para que no les pasara lo que al estudiante Bravo o a esos muertos de Florida.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — Cobardes son los que se ponen el servicio del despotismo y de la dictadura; cobardes son los que gritan al amparo de la fuerza, los que injurian al amparo de ella y no permiten la defensa de esos hombres injuriados, no permiten que demuestren la falsedad de las imputaciones.

No se trata de proteger al país de la acción extranjera realizada por argentinos o por extranjeros. Nosotros seríamos los primeros que defenderíamos la dignidad y la soberanía del país. Jamás toleraremos la intromisión de fuerzas extrañas para la solución de los problemas argentinos.

El proyecto de ley no tiene ese propósito. Los argentinos exilados no están atacando a la Nación, ni al pueblo: están atacando al despotismo peronista que soportamos.

Tal es la verdad argentina de esta hora. Todos los días...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — Todos los días, desde hace años, señor presidente, se nos acusa desde los diarios y las cadenas de radiotelefonía, de ser nosotros traidores a la patria, de ser asesinos, de ser vendepatrias y de ser ladrones. Pero ocurre que nosotros podemos venir a la Honorable Cámara de Diputados y podemos ir a cualquier rincón de la República a mostrar nuestras vidas y nuestras manos no manchadas por ningún crimen. Desearía que todos los hombres del oficialismo hicieran lo mismo: que levantara las manos, que abrieran sus casas, como abrimos las nuestras, para que entre la investigación de la policía o del gobierno para demostrar quiénes son los ladrones públicos, quiénes son los vendepatrias, quiénes son los traidores y quiénes son los asesinos. (Aplausos.)

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia invita al señor diputado por la Capital a ceñirse en su exposición a la consideración de la moción formulada.

Sr. Frondizi. — Lo que la moción del señor presidente del bloque oficialista pretende, es la sanción por el Parlamento argentino, de una nueva ley represiva, dirigida a intimidar a los que resisten al peronismo.

Este gobierno no se sacia de perseguir a los hombres que vivimos en la Argentina; este go-

bierno no se sacia de encarcelar, de quitar los derechos que tenemos como argentinos y que, como argentinos, los vamos a defender.

Lo que ahora se pretende para servir a una campaña electoral, es dictar una ley para perseguir a quienes están fuera del alcance de su garra totalitaria. Mas con eso no conseguirán doblegar la voluntad argentina de los hombres del radicalismo que vivimos dentro del país, ni van a doblegar tampoco la decisión argentina de los hombres que están obligados a vivir en el exilio. Pese al oficialismo, pese al despotismo, seguimos siendo argentinos los radicales que vivimos aquí, dentro de las fronteras de la patria y los radicales que están obligados a vivir en tierras hermanas.

Otros déspotas contemporáneos también quisieron condenar históricamente a hombres que se vieron obligados a abandonar su patria para defender la libertad, la democracia y la decencia. Pero el peronismo puede dictar todas las leyes que quiera, porque históricamente está derrotado por los exilados y por los hombres que luchamos contra él en el país.

—Suena la campanilla indicadora de que ha vencido el término de que dispone el orador para hacer uso de la palabra.

Sr. Frondizi. — Esa es nuestra palabra de desafío a este despotismo entronizado en el gobierno. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Benítez. — La causa de este proyecto cuyo tratamiento en comisión hemos solicitado, es conocida por los señores diputados y por todo el pueblo argentino.

Un hombre que tuvo la suerte de nacer en la Argentina, ha solicitado desde el extranjero la aplicación de sanciones económicas y políticas para sojuzgar a nuestro país. Precisamente el proyecto condena este acto que hasta ahora no era considerado delito, porque jamás se pudo pensar que un argentino llegara hasta la miseria de pedir para su patria la aplicación de sanciones económicas. Con vana ilusión hemos pensado que el bloque radical levantaría su voz como anatema contra ese o contra cualquier hombre que propusiera lo mismo. Para desgracia de nuestras ilusiones, en cambio, el bloque radical levanta su voz para defender a quien es un traidor.

Sr. Illia. — ¡No es verdad!

—Suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia ruega al señor diputado por Córdoba que no interrumpa al orador que está en el uso de la palabra.

Sr. Benítez. — Quizá resulte oportuno que el bloque de la minoría haya hecho esto, porque a veces es conveniente tender las líneas para que nadie se llame a engaño y se sepa quiénes quieren defender a la patria y quiénes, con un patriotismo menguado, se atreven a defender a quien la mancilla desde dentro o desde afuera del país. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) Quizá sea bueno trazar líneas que separen para siempre a ellos y a nosotros y demuestren al pueblo argentino que solamente la revolución justicialista quiere defender a la patria y se levanta contra quienes quieren humillarla. Jamás pensamos que así se expresarían los hombres del radicalismo, que en algún momento, con Yrigoyen, supo defender a la patria y jugarse por ella. Por último, considero que quizá sea bueno para nuestra revolución que el pueblo sepa que, mientras nosotros levantamos nuestra voz para condenar a quien solicita que se ahogue a la República Argentina, el Partido Radical de hoy —que no es el de antes—, por boca de sus voceros se ha opuesto pretendiendo defender a quien quiere mancillar y sojuzgar a nuestro país. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

¿Cómo van a defender una idea los señores diputados, como lo ha dicho el señor diputado por la Capital, salvo que se crea que merezca ser defendida como idea, la traición a la patria? El proyecto que se ha presentado, precisamente, tiende a castigar a quienes así se comportan.

Sr. Mercader. — Traición a la patria es perseguir a los argentinos.

—Suenan la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Señor diputado por Buenos Aires: sírvase no interrumpir al orador que está en el uso de la palabra.

Sr. Benítez. — El proyecto condena a quien —dentro y fuera del país—, como renegado, pide que se apliquen sanciones económicas y políticas a nuestra República. No se puede decir —como se acaba de oír hace unos instantes en este recinto— que proponer esto es atacar a la libre expresión de las ideas. Con nobleza no se puede manifestar que este proyecto es obra dictatorial, que tiende a acallar la libre emisión del pensamiento. No hay en nuestro país ni en ningún otro, pensamiento libre para atacar contra la patria y traicionarla. El propio diputado señor Frondizi nos refiere que ellos llevan por todo el país y hasta su último rincón sus ideas, su nobleza, su honradez, su corrección. Quiere decir que en esta tierra los que no traicionan a la patria o no están en trance de traicionarla, pueden difundir sus ideas por todas partes, con plena libertad.

Nosotros no hemos de tolerar y pensábamos que tampoco lo tolerarían ellos, que un argentino dentro o fuera del país pueda exhibir como

bandera de reivindicaciones el sometimiento de la Nación Argentina.

Por ello, señor presidente, la consideración sobre tablas de un proyecto que hace a la defensa de la soberanía y de la patria es perfectamente justificable. Se impone, pues, la postergación de un homenaje, como lo ha pedido el presidente de nuestro bloque, para tratar un asunto que hace a la esencia de la soberanía argentina.

Como corolario de este breve debate, sólo debo lamentar, en nombre del pueblo argentino que represento, que algún legislador se haya negado a que tratemos en primer término las sanciones que puedan aplicarse a un traidor. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Illia. — El vicepresidente de nuestro bloque ha fijado con claridad nuestra posición.

Asistimos a una lucha desencadenada hace mucho tiempo en la cual, indudablemente, los señores diputados de la mayoría y el régimen gobernante tienen ventajas, porque poseen en sus manos todos los medios de difusión y pueden valerse de todos los recursos oficiales para tratar de imponer sus ideas a la ciudadanía, austera y libre, y al pueblo trabajador, que no es merecedor de que se le suma en tan tremenda confusión, sino que se hable con verdad.

Con las ventajas otorgadas por el sistema oficial intentan difundir sus ideas y hacer a toda costa carne en el pueblo argentino la división del mismo en dos sectores: uno, que defiende la soberanía de la República; otro, en el cual, según los señores diputados de la mayoría, nos encontraríamos nosotros, que está socavando la libertad de nuestra patria.

El Partido Radical de la actualidad no sigue su cauce histórico, manifestó el señor diputado Benítez. Contesto al señor diputado oficialista que el nuestro es el viejo Partido Radical, constituido por ciudadanos de idéntica contextura moral, defensores del ideario e inspirados en la misma doctrina que dieron origen a la Unión Cívica Radical.

Nosotros somos los representantes del mismo partido que en la oposición y en el gobierno defendió en forma austera, sin detonaciones de naturaleza alguna, sin achicar los problemas de carácter fundamental para transformarlos en armas electoralistas; somos los representantes del mismo glorioso partido que defendió siempre la integridad de la soberanía de nuestra patria.

Ínutil fué que el Congreso designara una comisión bicameral y que ésta agotara su investigación en busca del documento o del hecho que pudiera reflejar complicidad de algún hombre de la Unión Cívica Radical con intereses foráneos. No harán jamás tales comprobaciones, porque tenemos la conciencia y las manos limpias.

Será imposible, señores diputados de la mayoría, que ustedes pretendan motejar a los hombres de la Unión Cívica Radical que estamos defendiendo otros intereses que no sean los altos intereses de la patria. No, señores diputados. Somos en estas bancas una pequeña representación, quizá mucho menor en número que las que corresponde a las voluntades del pueblo argentino que nos acompañan en esta acción. Pero tenemos dignidad, tenemos honor y sabemos adónde vamos.

No ha de entorpecer nuestra lucha esta manera burda con que se quiere impresionar al pueblo del país. ¡Vendepatrias! Desencadenado desde arriba hace muchos años en el país, anda corriendo en todos los discursos oficiales y en los de los señores diputados ese insulto, que es el más infamante con que se quiera marcar a un ciudadano. Se podrá argüir falta de capacidad intelectual, falta de honradez suficiente en el desempeño de funciones públicas; se le podrá decir a un representante del pueblo argentino que no cumple íntegramente con su deber; pero no es posible que el gobierno, y los señores diputados oficialistas, se hagan eco confabulándose para expresar que existen ciudadanos argentinos que conspiran contra la patria común. No sé si los señores diputados alguna vez se han puesto la mano sobre el corazón y conciencia para reflexionar sobre la mezquindad, la falta de veracidad de ese apóstrofo que no tiene ninguna razón de ser, y menos aun puede ser proferido contra la Unión Cívica Radical.

Nosotros, señor presidente, hemos aceptado, siempre que se ha propuesto en esta Cámara, investigaciones de toda naturaleza. Nosotros, en repetidas oportunidades, hemos puesto todos nuestros modestos antecedentes personales y políticos, para que los investigue esta Cámara, o cualquier órgano del gobierno, porque nosotros, señor presidente, no tenemos absolutamente nada que ocultar.

Esto que va a debatir hoy el Parlamento argentino no es una cosa traída de los cabellos por los señores diputados, sino que pertenece a una organización o norma publicitaria oficial de tipo electoral en vísperas de la campaña presidencial para tratar nuevamente de silenciar a la oposición. Este recurso de los señores diputados fallará, porque el pueblo argentino ya no les cree a los señores diputados, ya no cree al propio presidente de la República. Lo han engañado y le han mentido todas las veces que quisieron; pero no es posible seguir en esta campaña difamatoria permanentemente, creyendo que el pueblo argentino no es pueblo que reacciona, y que no tiene conciencia de cual es su verdadera posición.

Hay libertad, dice el señor diputado Benítez, para que nosotros recorramos la República tra-

tando de defender nuestras ideas. No hacemos simplemente campaña opositora, porque le decimos a los señores diputados que ya no nos interesa en forma absoluta ni el presidente de la República, ni el Partido Peronista, ni la mayoría oficialista, porque no los creemos sanamente inspirados, patrióticamente desinteresados; nosotros no creemos que la antipatria está aquí; nosotros creemos que la antipatria está ahí; nosotros creemos que la antipatria está en el gobierno y en quienes lo secundan, que en forma poco seria y altiva quieren denigrar a una parte de la familia argentina que tiene antecedentes irreprochables en su vida pública.

Será inútil, señores diputados, que sigan tocando esta campana, y es un tremendo error el de los señores diputados persistir en este sistema, que no va a crear nada más que odios, es decir, que va a ahondar los odios dentro de la República. La Unión Cívica Radical ha servido en todos los momentos al país como partido constructivo y de orden; deseamos la confraternidad del pueblo argentino y hemos bregado por que en este Parlamento los debates se desarrollasen en un ambiente de serenidad, para que en ese ir y venir de ideas y en ese entorchado de pensamientos todos sirviéramos de la mejor manera al pueblo argentino.

Sr. Vischi. — Nunca, señor diputado...

Sr. Illia. — Se está traicionando el pensamiento más noble del pueblo, se está traicionando a los hombres que nos dieron libertad. En este caso particular a que se ha referido el señor diputado Benítez para dar validez a su argumentación, la Unión Cívica Radical no tiene ninguna clase de vinculación. No puede legislarse sobre estos hechos y con estos antecedentes, tomando como ejemplo un caso particular que sirve al Partido Peronista para fijar su posición. El hecho puede tener alguna trascendencia, pero los señores diputados de la mayoría deben tener el sentido de la dimensión y colocar las cosas en su verdadero punto para considerarla responsablemente. Pero todo esto obedece a un plan general trazado por el gobierno para subordinar la conciencia argentina, para transformarnos en súbditos. Nosotros seguiremos defendiendo los ideales de la Unión Cívica Radical, que no quiere súbditos en el país, sino ciudadanos libres. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Visca. — Señor presidente: la palabra del presidente del bloque radical y las que acaba de pronunciar el señor diputado por Córdoba nos colocan en la situación de aquel sainete tan popular «El velorio del angelito»...

Sr. Rudi. — Los angelitos están ahí.

Sr. Colom. — ¿Qué quiere decir el señor diputado con eso?

Presente el señor diputado un proyecto de investigación, que se lo vamos a votar.

Sr. Rudi. — Propóngalo el señor diputado.

Sr. Colom. — Presente el proyecto el señor diputado.

Sr. Rudi. — Un proyecto de investigación amplia...

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Visca. — Hemos escuchado a los señores diputados de la minoría con toda atención y sin interrumpirles.

Sr. Rudi. — Salvo la interrupción del señor diputado Argaña.

¿O no escuchó el señor diputado el calificativo?

Sr. Visca. — Escuché la expresión que pronunció el señor diputado Argaña, y no sé cuál ha sido la reacción de los señores diputados.

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Visca. — El señor diputado por Córdoba ha enunciado eufóricamente la doctrina y las normas de la Unión Cívica Radical. Se ha hablado de libertades conculcadas y de medidas represivas; sé que este era el espectáculo al proponer, dentro del reglamento, como se hace siempre, el tratamiento de tal o cual asunto. Se ha hablado de la persecución de los habitantes del país, y de las posibilidades de defensa de los que no están en él.

Se ha hablado de hechos que no hacen, en absoluto, a la consideración de este proyecto que viene, como muy bien ha dicho el señor presidente de nuestro bloque, a llevar una laguna, un olvido, una imperfección en materia penal.

Dicen los señores diputados que la campaña que se lleva a cabo desde el extranjero, lo es para provocar la caída del gobierno y no del país, lo es contra los intereses políticos del partido gobernante y no contra los intereses argentinos. Pero, señores diputados, ante esas afirmaciones estamos nuevamente frente al recuerdo de esa pieza reidera «El velorio del angelito».

¿Olvidan acaso los señores diputados que este gobierno nació de la elección libre a que ellos concurrieron anunciando su triunfo el mismo día de terminada? Esa elección fué inobjetable, como lo atestiguan las crónicas de los diarios adictos a la Unidad Democrática. Y viene al caso señalar la venalidad de hombres que están en el sector radical, y a quienes

siempre condenarán los afiliados de ese partido. Creo que dentro de ese partido hay hombres que piensan como pensó Yrigoyen, que repudió toda alianza con fuerzas heterogéneas extrañas, que solamente estuvieron en el fraude y en la concupiscencia, y a algunos de cuyos militantes se les ve sirviendo a los hombres de la revolución del 6 de septiembre primero y a los del 4 de junio después. Tal es el representante por Córdoba, que no ha de ser considerado, seguramente, como encarnando los verdaderos sentimientos de la Unión Cívica Radical. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Visca. — Los hay que aparecen como socios en todos los acomodos, como socios en todas las intrigas, en todos los fraudes. Y el señor diputado por Córdoba, doctor Yadarola, fué uno de los hombres que, juntamente con Del Castillo, estuvieron más cerca colaborando con el gobierno de la revolución del 4 de junio.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Visca. — Es hasta inocente pensar que solamente tres o cuatro hombres de la Unión Cívica Radical hayan tenido necesidad de irse del país para hablar mal de los argentinos y de su gobierno, mientras tantos otros están aquí sin que nadie los moleste, insultando pública y gratuitamente todos los días, en todos los actos que el partido realiza, en todos los pueblos de la República. Quiere decir, entonces, y oportunamente lo vamos a demostrar, que hay un sector que está contra el gobierno constituido, lo cual, como ya dijo Mariano Moreno, es estar contra el país y contra los intereses de la patria.

Si los señores diputados, a pesar de haber dejado solo a Yrigoyen, califican a la revolución del 6 de septiembre como un hecho que ha causado mucho mal a la República Argentina, no se explica que vengan después a prenderse como se prendieron de todos los presupuestos, y a querer decir hoy...

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

—Suena la campanilla indicadora de que ha vencido el término de que dispone el orador para hacer uso de la palabra.

Sr. Presidente (Cámpora). — Ha vencido el plazo de que disponía el señor diputado para su exposición.

Sr. Astorgano. — Señor presidente: hago moción de orden de que se cierre el debate.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar la moción de que se cierre el debate sobre la proposición de constituir la Honorable Cámara en comisión.

— Resulta afirmativa de 94 votos; votan 102 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar la moción, formulada por el señor diputado por la Capital, de que la Honorable Cámara se constituya en comisión para estudiar el proyecto de ley del señor diputado por la Capital.

Sr. Brugnerotto. — Que sea nominal, señor presidente.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia desea saber si está suficientemente apoyado el pedido de votación nominal.

— Resulta suficientemente apoyado.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar, nominalmente, la moción de orden de constituir la Honorable Cámara en comisión para estudiar el proyecto de ley del señor diputado por la Capital sobre represión de actividades de ciudadanos argentinos que desde el exterior propicien la aplicación de sanciones políticas y económicas contra el Estado argentino.

— Se practica la votación nominal.

Sr. Secretario (González). — Han votado 108 señores diputados: 96 por la afirmativa y 12 por la negativa.

— Votan por la afirmativa los señores diputados: Albrieu, Alvarez Pereyra, Allub, Argaña, Astorgano, Ayala López Torres, Bagnasco, Benítez, Beretta, Bernárdez, Bidegain, Bonino, Brugnerotto, Bustos Fierro, Butterfield, Camus, Cané, Carreras, Casas Noblega, Cleve, Colom, Conte Grand, Cooke, Cursack, Decker, Degreef, de la Torre, de Prisco, Díaz (C. A.), Díaz (M. M.), Erro, Estrada, Fernández, Ferrando, Filippo, Forteza, Fregossi, Garaguso, Garay, García, Guardo, Haramboure, Ibarguren, Lagaña, Lareo, Lavia, Leloir, Lema, Letamendi, Lucini, Machargo, Mariategui, Marini, Marotta, Martínez Luque, Messina, Miel Asquía, Montes (A.), Montes (J. M.), Montes de Oca, Montiel, Novellino, Osinalde, Ottoneillo, Palacio, Pasquali, Perea, Pirani, Ponce, Pontieri, Reynés, Ricagno, Roche, Rodríguez (M.), Rodríguez (N. M.), Rossi, Rumbo, Sánchez, Saravia, Sarmiento, Seeber, Sil-

vestre, Tejada, Tilli, Tommasi, Toro, Trebino, Urtiaga Bilbao, Varea, Velloso Colombres, Vergara, Villacorta, Villafañe, Visca, Vischi y Zamudio.

— Votan por la negativa los señores diputados: Dávila, Frondizi, Illia, López Serrot, Mercader, Monjardin, Pérez Martín, Rojas (A.), Rudi, Santander, Solá y Yadarola.

2

CONFERENCIA — REPRESION DE ACTIVIDADES ANTIARGENTINAS

Sr. Presidente (Cámpora). — Queda abierta la conferencia.

Se va a votar si se mantiene la unidad del debate.

— Resulta afirmativa de 92 votos; votan 102 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — Por Secretaría se dará lectura del proyecto de ley del señor diputado por la Capital.

— Se lee:

PROYECTO DE LEY (1)

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Será reprimido con prisión de tres a quince años e inhabilitación absoluta y perpetua, todo argentino que desde el exterior propiciare desde la prensa, la radiotelefonía o cualquier otro medio de difusión, la aplicación de sanciones políticas y económicas contra el Estado argentino.

Art. 2º — La aplicación de la presente ley estará a cargo de la justicia federal.

Art. 3º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Colom. — Señor presidente: no se han acallado aún las voces de censura de la auténtica opinión pública argentina, ni ha desaparecido el estado nauseoso provocado por el conocimiento que tuvo nuestro pueblo de la insólita transmisión radial efectuada por un ciudadano del país desde los estudios de la radio-difusora WEEI, en Boston, de la Columbia Broadcasting System. No se ha acallado, digo, esa sensación de estupor que causó en la República el hecho de que un mal argentino, un descastado, propiciara desde esa emisora americana sanciones económicas y políticas contra la República, las que llegaban hasta el sitiar por hambre al pueblo argentino, con el objetivo menguado de voltear el gobierno justicialista del general Perón.

(1) Véanse los antecedentes en la página 761 del Diario de Sesiones.

Para destacar la temeridad e infamia del sujeto que nos ocupa, séame permitido leer dos párrafos de esa conferencia radiofónica mister Thomas F. Mac Cann, su organizador, profesor de historia de la Universidad de Harvard, sorprendido por el cinismo y temeridad de Walter Beveraggi Allende, esbozada desde el comienzo de su disertación, le pregunta quizá buscando alguna salida, «¿Propugna usted una política de sanciones económicas en contra de la Argentina?, a lo que este miserable contesta: «Definitivamente. Si esto es contra el régimen argentino, absolutamente.»

El americano, que tiene conciencia exacta del concepto de patria, no sale de su sorpresa y ante la temeridad y cinismo de Beveraggi Allende insiste en su anterior pregunta y le aclara su sentido, a lo que este mal argentino, eufóricamente le contesta, diciendo: «Definitivamente. Si esto es contra el régimen argentino, absolutamente. Y creo que el mundo puede seguir andando perfectamente sin los suministros argentinos, por lo menos por el tiempo necesario para provocar la caída del régimen argentino. No creo que sean necesarios más de dos o tres meses para lograr la caída del régimen argentino si todos los mercados externos le son privados, y creo que los resultados de los últimos cinco años han sido equivalentes a no tener suministros argentinos, por cuanto la producción argentina ha decaído a casi la mitad de lo que era entre 1930/40. La Argentina y la actual mala administración está produciendo menos de la mitad de lo que producía entre 1930/40.»

La sensación de asco que producen en mi espíritu la lectura de párrafos de la charla radiofónica, me obliga a suspenderla, pero su sola mención justifica la necesidad de que llenemos un claro en la legislación represiva argentina. No se trata, como algún diputado opositor lo sostuvo esta tarde, de agregar un eslabón más a la cadena de supuestas persecuciones de la libertad. El grave hecho denunciado por la prensa nacional y que me ha inspirado la presentación en este proyecto, justifica la necesidad de llenar ese claro en la legislación nacional —claro que no existe en la mayoría de las legislaciones modernas—.

Ya cuando se dictó el decreto 536/45, sobre represión de las actividades contra el Estado, en su exposición de motivos, el Poder Ejecutivo de entonces declaró que incorporaba al capítulo II, que se refiere a este tipo de delincuencia, todo lo proyectado en 1941 por el ex diputado de la Unión Cívica Radical doctor Peco. En efecto, el artículo 12 de dicho decreto es casi la copia literal del artículo 288 del proyecto Peco. Como vemos, la iniciativa que tratamos no constituye una novedad. En el proyecto Peco se habla de sanciones para el caso de que las

actitudes provoquen el estado de guerra. Nada se dice en el proyecto citado de la pena en que incurren los argentinos que propician contra el país sanciones económicas o políticas, y nadie puede discutir que las consecuencias de esas sanciones pueden ser más graves que las de un estado de guerra.

Hemos visto en otras naciones del mundo las consecuencias de los sitios económicos; conocemos cuáles son sus consecuencias desgraciadas para el pueblo que trabaja, y para evitarlas vamos a dar hoy esta ley que, como dije, viene a llenar un claro en nuestra legislación.

Sr. Santander. — ¿Me permite, señor diputado?

Sr. Colom. — En homenaje a la unidad de mi exposición, lamento no permitirle la interrupción, señor diputado.

Sr. Santander. — Por lo que el señor diputado dice, se trata de una ley contra un individuo.

Sr. Colom. — No es exacto, señor diputado. Verá que no es así, si me escucha con atención, porque pretendo hacer una exposición objetiva de hechos.

No estamos ante un hecho aislado, como supone el señor diputado por Entre Ríos. Estamos ante una conjura sistematizada y coordinada. Está equivocado el señor diputado por Entre Ríos cuando cree que se trata sólo de ese ciudadano que reside en los Estados Unidos.

Estamos ante una conjura contra la soberanía política y económica de la República, porque este complot no se inicia con las palabras irradiadas por la emisora de Boston; se inicia con la constitución de la Junta de Defensa de la Democracia, con sede en Montevideo.

Sr. Santander. — Es una organización oficial, internacional.

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Colom. — De esa Junta de Defensa de la Democracia formaban parte, desgraciadamente, personalidades oficiales del país vecino. Las vemos actuar allí en sesiones públicas y en sesiones secretas donde se llega —escuchen, señores diputados, y lo denuncio a la Cámara— a tratar hasta el asesinato político del presidente de la República. Lo afirmo y daré detalles que, por otra parte, ya son públicos. Lo que era un secreto hasta hace unos veinte días, ya no lo es. Los diarios argentinos responsables se han referido a esos hechos con mayor o menor extensión.

De esa junta salen los conjurados para cometer el desmán que habría de producirse el 1º de mayo de 1949: iban a incorporarse a la columna de los obreros y al grito de viva Perón se apresaban a arrojar granadas de mano contra la cabeza de la columna que, como se sabe, estuvo integrada por el señor presidente de la Nación y su esposa.

Sr. Mercader. — ¡Bah! ¡Bah!

Sr. Colom. — Sí, granadas de mano.

Por una razón especial, no daré nombres esta tarde. No estoy haciendo una crónica policial, sino fundando un proyecto de legislación represiva.

Iban a eliminar al presidente y a su esposa. Eva Perón. Pero ¿qué ocurrió? Que un afiliado a la Unión Cívica Radical, complicado en este asunto, se arrepintió, o tuvo miedo de las consecuencias y...

Sr. Santander. — Diga el nombre.

El señor presidente sabe...

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Colom. — ...denunció el complot. Si el señor diputado admite la existencia de un delator, ya no queda duda de la autenticidad del complot.

Sr. Santander. — El señor presidente...

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia no sabe a qué se refiere el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Santander. — Lo que yo quiero es recordar, y creo que vale la pena por la responsabilidad...

Sr. Colom. — Después lo hará, señor diputado.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Colom. — No admito las interrupciones; no puedo acordarlas en homenaje a la seriedad del hecho que denuncio.

Continúo, señor presidente. Ese ciudadano afiliado a la Unión Cívica Radical, a quien lo señala como delator el señor diputado Santander, y con otra más dura calificación por parte de otro diputado, cuando conoce la trama y alcance de la conjura se asusta y pide audiencia al entonces jefe de la Casa Militar, capitán Plater, y denuncia el hecho. Se inicia la investigación, y como se conoce hasta la hora de llegada de la lancha que, procedente del Uruguay, trae explosivos, armas y granadas, se adoptan las providencias del caso. Y aquí ocurre algo inaudito, de corte cinematográfico.

Mientras una partida policial espera en un lugar determinado, otra, en actitud de vigilancia, es sorprendida por un automóvil «Chevrolet» con numeración falsificada, de donde descienden un ciudadano civil vestido con falso uniforme militar, quien, acompañado por otras cinco personas armadas con armas largas, sorprenden a los integrantes de la Policía Federal, arrojan su automóvil al río, después de inutilizar

los aparatos de radio, y huyen. Horas más tarde, en otro lugar de la costa, un comisario de la policía, apresa el contrabando formado, entre otros elementos, por 137 granadas de mano de procedencia checoslovaca. Esta narración es auténticamente exacta, y sus antecedentes se han de encontrar en poder de la Comisión de Actividades Antiargentinas.

Esa es la fuente más inmediata de la campaña de tipo internacional desatada contra nuestro país. Como se ve, señor diputado Santander, el caso Beveraggi Allende no constituye un hecho aislado.

Sr. Santander. — Entonces, ¿por qué no prosiguieron el sumario?

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Señor diputado por Entre Ríos: sírvase no interrumpir al orador que está en el uso de la palabra.

Sr. Colom. — Ya no se trata, señor presidente, de las radios de países vecinos, como la CXA3 Ariel, la CX16 Radio Carve, la CX14 el Expectador de Montevideo; ya no se trata de las radios CB93 Nuevo Mundo, ni la CV106 Nacional de Minería, ni la CB76 Cooperativa Vitalicia, ni la CB57 Nacional de Agricultura, de Chile; ya no se trata de la PLR7 Nacional de Río de Janeiro, ni de la PLR2, de San Pablo, Brasil; ya no se trata de la actitud que adopta una radio desde el Perú, donde actúa un señor llamado Oscar Guillermo Artacho. Se trata de algo más importante: de una radio controlada por Wall Street, la Radio Columbia System, cuyas vinculaciones con la banca Morgan, es públicamente conocida. El capitalismo, frío y sin alma, propietario de esas poderosas estaciones radiales, ha sido censurado acerbamente por un eminente ciudadano del mundo, cuyo nombre menciono en señal de homenaje: el general Douglas Mac Arthur, héroe del Pacífico. Desde una de esas estaciones radiales, controladas por ese capitalismo sin patria ni bandera, un irresponsable aspirante a «quisling», propicia sanciones contra su propia patria.

Este falso intelectual huyó del país al amparo del beneficio de su excarcelación y su primer acto, al trasponer las fronteras del Uruguay, fué entrevistar a un sujeto a quien yo califico de mercader de intrigas: el espía John Griffiths. El seudo exilado Beveraggi Allende, luego se embarcó para los Estados Unidos donde logró inscribirse en una universidad, quien sabe mediante que apoyo, y con un flamante título de profesor adquiere personería para solicitar, desde una estación radial americana, la aplicación de sanciones económicas y políticas contra la nación que lo vio nacer. Esta tarde hemos escuchado con estupor la oposición de los diputados Illia y Frondizi a la consideración de esta ley,

que debió ser propiciada por la Unión Cívica Radical, anticipándose así a nuestra iniciativa, para que a delincuentes de tal tipo, les llegue, como dijera el distinguido colega, diputado Miel Asquía, el anatema de San Martín: «Lo que no puedo concebir es que haya argentinos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su patria. Una felonía así ni el sepulcro puede hacerla olvidar.»

¿Qué móvil inspira la actitud del capitalismo foráneo contra nuestra soberanía nacional? ¿Cuál es la finalidad de la acción conjunta y sincronizada de radiodifusoras, como la citada, o de diarios como los de la cadena del aventurero Assis Chateaubriand, que dirige «La Prensa Asociada» de Río de Janeiro y que todas las mañanas desayuna a sus lectores con improperios contra nuestro pueblo y gobierno?

Sr. Illia. — ¿Y la cadena de diarios que se desata en improperios contra dignos ciudadanos argentinos?

Sr. Colom. — La finalidad que persigue esa campaña de difamación internacional es la de socavar el bienestar del obrero argentino, logrado incruentamente por la auténtica revolución argentina. Al capitalismo foráneo le preocupa el estado de vida de nuestros obreros, porque teme que el ejemplo argentino se difunda por las naciones de indoamérica, como ya está sucediendo. ¿A qué obedecen si no las huelgas de los yacimientos de salitre y las minas de cobre de Chile? ¿A qué obedece el estado de conmoción permanente en que viven los obreros del caucho y de las minas de estaño de Bolivia? ¿A qué obedece la zozobra que los salarios de hambre provoca en los obreros de Brasil, Colombia y Venezuela? ¿Qué ocurre con los obreros de América Central? Los señores diputados de la oposición, que son hombres que a veces se preocupan de esta clase de problemas, lo saben, pero les conviene guardar silencio. Saben de sus salarios de hambre y de sus penurias. El capitalismo teme que esos pueblos se independicen económicamente y que al conjuero del ejemplo nuestro rompan sus cadenas y entonen con nosotros el himno de la auténtica libertad justicialista. Esos son los acontecimientos que teme el capitalismo foráneo y por ello facilita sus radiodifusoras para difamar al pueblo y gobierno argentinos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El proyecto que consideramos no constituye una novedad legislativa. Hay antecedentes en la legislación del Brasil, de Bolivia y de Chile, además de otros países.

En Chile, por ejemplo, se dictó en la época del régimen del frente popular, vale decir con la colaboración de los partidos radical, socialista y comunista, la modificación de la ley 6.026 sobre seguridad interior del Estado, que en su artículo 19, número 9, establece: «Propaguen de palabra, por escrito o por cualquier otro me-

dio en el interior o envíen al exterior noticias o informaciones tendenciosas o falsas destinadas a perturbar el orden constitucional o legal, la tranquilidad y seguridad del país, el régimen económico, monetario o la estabilidad de los valores y efectos públicos y aquellos chilenos que encontrándose fuera del país divulguen en el exterior iguales noticias o informaciones», serán pasibles de penas que allí se determinan.

Ya hice referencia a los antecedentes nacionales como el decreto 536/45 sobre delitos contra la seguridad del Estado y el proyecto Peco, ex diputado de la Unión Cívica Radical, por lo que no hace falta extenderme de nuevo sobre el tema.

Mis colegas han de ocuparse de otros puntos; pero yo no puedo, señor presidente, terminar mis palabras de hoy sin decir a la Honorable Cámara que frente a la guerra de carácter internacional que estamos sobrellevando para consolidar definitivamente nuestra independencia económica, no pueden existir argentinos que fuera de la República propicien la intervención extranjera contra su propia patria.

No pueden los señores diputados sostener hoy que perseguimos de nuevo una finalidad política, que perseguimos con esta ley trabar el desarrollo electoral de los próximos comicios, que tanto les preocupan. Saben los señores diputados que los votos libres de las dos terceras partes de argentinos, hombres y mujeres, están prestos para acompañar y plebiscitar a su líder.

—Suenan la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia ruega a los señores diputados que no dialoguen. Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Colom. — La sanción que hoy vamos a dar no va contra la libertad, pues el país vive una auténtica y absoluta libertad, en contraposición a la falsa libertad de antes; el país vive la libertad del régimen justicialista, diferente a la libertad que los señores diputados añoran, a esa libertad que tenía nuestro pueblo soberano para morir de hambre, a esa libertad que permitía que el 40 % de los muchachos de veinte años convocados a las filas militares, fueran declarados ineptos por desnutridos. ¡Enfermedad del hambre en la poderosa Argentina! Esa es la libertad que añora el señor diputado Illia.

Quizás me equivoque, señor presidente, pero me temo que lo que el señor diputado Illia añora es la libertad que tenían antaño las grandes empresas electorales argentinas. Me refiero a los grandes partidos, ya en liquidación, hoy convertidos, de acuerdo a una feliz expresión presidencial, en bandas políticas. Debo decirlo en voz baja, señor presidente, porque como argentino me avergüenza el recuerdo; esas gran-

des empresas electorales argentinas tenían que aceptar la imposición de candidatos presidenciales, y hasta de candidatos a diputados nacionales, por los directorios de los ferrocarriles extranjeros. Lo que los señores diputados añoran quizás sea la libertad de la que gozara la Cámara de Comercio británica para proclamar en banquetes el candidato a la presidencia de la República. La Cámara de Comercio británica reemplazaba así a la silla papal, proclamando desde su asiento mercantil la clásica frase de «Presidente avemus».

La ley que vamos a dictar no quita ni cerceña ninguna libertad; únicamente sanciona un tipo de delincuencia especial: la que cometen los traidores, que al amparo de fronteras extranjeras pretenden menoscabar la soberanía argentina. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — Señor presidente: este sector ha fijado ya con brevedad, en las dos intervenciones, la posición que mantendremos frente al proyecto de ley del señor diputado por la Capital.

El señor diputado por la Capital ha intentado convencer no a la Cámara, porque a la Cámara no la va a convencer —la mayoría ya está convencida y nosotros también estamos convencidos de la inutilidad de su intento...

Sr. Colom. — Yo tenía esperanza de convencer al señor diputado y de que el señor diputado reaccionaría como argentino.

Sr. Illia. — ¡Qué le va a enseñar al señor diputado Frondizi como argentino!

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — Como argentino, no ya como diputado, no necesito las lecciones del señor diputado Colom ni de su jefe, el presidente de la República...

Sr. Colom. — A mucha honra.

Sr. Frondizi. — ...me basto solo para interpretar los sentimientos de mi patria.

Decía que el señor diputado Colom ha intentado convencer al país de las bondades de este proyecto con dos argumentos totalmente distintos. Por un lado nos ha hablado de la necesidad de completar la legislación penal. ¿Cómo habríamos de negarnos nosotros, los diputados de la Unión Cívica Radical, a discutir una ley que llenara los vacíos de la legislación penal dentro de la República Argentina?

El señor diputado ha recordado también al doctor José Peco, afiliado radical y ex diputado de la Unión Cívica Radical, pero por sobre todas

las cosas profesor eminente de derecho penal en nuestro país. Naturalmente que al traer el recuerdo del doctor Peco no ha recordado que no puede enseñar en las universidades argentinas porque, pese a su sabiduría jurídica, tiene el inmenso honor de no ser un hombre al servicio del peronismo.

Sr. Colom. — Yo he citado un proyecto. Combato a los señores diputados con sus propias armas.

Sr. Frondizi. — Si se tratara de completar la legislación penal para reprimir delitos de distinta naturaleza, nosotros estaríamos dispuestos a estudiar a fondo todos los problemas de la legislación represiva argentina. Se ha intentado convencernos por el señor diputado por la Capital, como se hace cada vez que se discute el decreto 536 sobre seguridad del Estado, que ese decreto tiene antecedentes en el proyecto Peco, pero lo que el señor diputado por la Capital no puede desconocer es que el proyecto Peco era un proyecto para ser sancionado por un Congreso argentino que discutiera a fondo los problemas penales, un proyecto para ser aplicado en un régimen democrático y, por sobre todas las cosas, en un régimen democrático donde existiera una justicia independiente del Poder Ejecutivo, cosa que no ocurre ahora.

Sr. Visca. — Recuerde la época de Yrigoyen...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Colom. — El señor diputado presidente del bloque opositor me concedió una breve interrupción, y no voy a abusar de su gentileza.

El proyecto Peco no pudo en ningún momento ser considerado por un Parlamento democrático. Olvida el señor diputado Frondizi que el proyecto Peco fué presentado en 1941, cuando la República vivía aún la noche de la infamia. Se sentaban en estas bancas representantes auténticos del fraude y lo que es más grave, señor presidente, esos diputados fraudulentos fueron tolerados por los representantes de la Unión Cívica Radical. Ello le consta al señor diputado.

También sabe el señor diputado por la Capital que en 1941 no existía ninguna clase de libertad en la República, que el fraude estaba enseñoreado y que la entrega del patrimonio nacional era la norma gubernativa. ¿Es ése el Parlamento democrático que debía considerar el proyecto Peco?

Agradezco la interrupción al señor diputado.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — El señor diputado Colom intenta tergiversar mis palabras. Es extraordinario que se levanten algunas voces en el bloque peronista para decirnos que el proceso anterior

al 4 de junio de 1943 era de fraude. Todos los hombres que nos sentamos en las bancas de este sector, luchamos desde el 6 de septiembre de 1930 contra el régimen de fraude que se implantó hasta 1943.

¿Cómo es posible, señor presidente, que se pretenda decir por los hombres del peronismo que nosotros estamos respaldando el fraude, cuando muchos de los hombres sentados en estas bancas sufrimos persecuciones de toda clase, encarcelamientos...?

Sr. Visca. — Pero hay otros que estaban acomodados.

Sr. Mercader. — ¡Y usted era fraudulento y realizador del fraude!

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — Digo, señor presidente...

Sr. Visca. — Dígame al señor diputado Mercader quién lo eligió a Vergara Campo.

Sr. Mercader. — ¡Lo habrá elegido usted!

Sr. Visca. — Lo eligió Ortiz...

Sr. Mercader. — Lo habrá elegido usted, que era realizador del fraude.

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital, y ruego a los señores diputados se sirvan no interrumpirle.

Sr. Frondizi. — Decía, señor presidente, que no sólo sufrimos persecuciones y encarcelamientos, sino que los hombres del radicalismo, luchando todos los días contra el régimen del fraude, creamos en el país el clima necesario para que ese régimen terminara definitivamente. De modo que tenemos completa autoridad para hablar de ese período, porque luchamos en todos los terrenos pudiendo decir que muchos de los justificativos históricos creados para el pronunciamiento del 4 de junio de 1943, se deben a la lucha librada por la Unión Cívica Radical.

Sr. Ottonello. — Y a muchos hombres que están aquí.

Sr. Frondizi. — Hablo de la Unión Cívica Radical de ese momento. No he de negar...

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — No he de negar, porque por encima de mis pasiones políticas estoy animado de un profundo espíritu de justicia, que algunos

hombres que tuvieron el honor de pertenecer a la Unión Cívica Radical lucharon como nosotros contra el fraude, pero nosotros hoy afirmamos que seguimos desempeñando en el país la misma función histórica de defensa de la libertad, los derechos ciudadanos y de los intereses del pueblo.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia ruega a los señores diputados que no interrumpen al orador que está en el uso de la palabra.

Sr. Frondizi. — Pero respondiendo también a ese espíritu de justicia, los señores diputados del peronismo deben reconocer, especialmente los que fueron radicales, que mientras ellos y nosotros luchábamos en las calles y en las cárceles contra el fraude, el actual señor presidente de la Nación estaba ganando ascensos.

—Hablan varios señores diputados simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia ruega a los señores diputados que no dialoguen.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — Para que no haya confusiones de ninguna naturaleza, aclaro que cuando nosotros hablamos de un parlamento democrático y una justicia libre, no nos referimos, naturalmente, al parlamento o a la justicia anteriores a 1943.

Sr. Decker. — La referencia es concreta; aquí está el Diario de Sesiones.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia ruega nuevamente a los señores diputados que respeten al orador en el uso de la palabra.

Sr. Frondizi. — Ese parlamento y esa justicia no podrán ser exhibidos jamás por un hombre del radicalismo como expresión de democracia y de independencia en la República. Al señor diputado Colom le consta más que a nadie cómo muchos de nosotros hemos combatido contra esa justicia política al servicio del Poder Ejecutivo, antes de 1943. Precisamente, aquella circunstancia de haber combatido nosotros contra esa justicia política al servicio del Poder Ejecutivo en los procesos de carácter político, es lo que nos da hoy plena autoridad para continuar reclamando lo mismo, porque deseamos que en la Argentina exista una justicia al

servicio del país y no al servicio del presidente de la República.

Sr. Miel Asquía. — La justicia está al servicio del país.

Sr. Decker. — Ayer el diputado Santander reconoció la existencia de esa justicia al servicio del país.

Sr. Colom. — ¿Me permite el señor diputado una nueva interrupción?

Sr. Frondizi. — Sí, señor diputado.

Sr. Colom. — Agradezco la deferencia del señor diputado.

Deseo llamar la atención del señor diputado sobre la contradicción que significa el haber luchado como ciudadano y como abogado contra una mala justicia y que hasta en una oportunidad asumió la defensa de 280 ciudadanos radicales —yo entre ellos— y su actitud posterior al defender no hace mucho tiempo a la Corte Suprema de Justicia decapitada por el juicio político que promoviéramos. Recuérdesse que a esa Corte Suprema, depositaria de todas las infamias, abusos y arbitrariedades, el líder de la Unión Cívica Radical, don Hipólito Yrigoyen, la marcó a fuego desde Martín García.

Por ello no me explico cómo el representante de la Unión Cívica Radical incurre en esa contradicción: en una época luchó contra esos malos jueces, y cuando se trató de sancionarlos, no nos acompañó con su voto.

Sr. Frondizi. — El señor diputado Colom hace todos los esfuerzos por sacarme del tema en debate; no obstante, voy a agregar una consideración más. Precisamente, siguiendo la vieja línea de conducta del radicalismo, así como entonces defendimos a los presos acusados de una rebelión contra el régimen del fraude, hoy defendemos a los obreros ferroviarios que están presos por disposición de este gobierno.

Sr. Decker. — Nada tiene que ver eso con lo que estamos tratando.

Sr. Camus. — Está soslayando el tema.

Sr. Frondizi. — Pero el señor diputado Colom ha hecho, además, otro argumento. No se ha conformado con decir que es necesario completar la legislación penal; ha puesto el problema sobre el tapete y nos ha hablado de una transmisión radial que se habría hecho desde Estados Unidos. Nosotros no podemos dejar de decir nuestra palabra clara y categórica, y así como hemos condenado antes, condenamos ahora y condenaremos mañana toda acción que se desarrolle contra la República y su pueblo.

Sr. Colom. — Entonces, expulsen al afiliado.

Sr. Frondizi. — Pero no queremos confusiones de ninguna naturaleza. Los diarios del peronismo, en cadena, cumpliendo las órdenes de la Subsecretaría de Informaciones y Prensa...

Sr. Colom. — ¿De dónde saca esa orden?

Sr. Frondizi. — ...han publicado lo que habría dicho en una transmisión radial. No tengo elementos de juicio, ni como legislador ni como

argentino, para decir que eso sea cierto, ni tengo tampoco elementos de juicio para decir que sea mentira; tengo, sí, señor presidente, un estado espiritual para dudar mientras no se compruebe la verdad, porque todos los regímenes totalitarios están acostumbrados a inventar traiciones.

Sr. Visca. — Ante la duda, la abstención.

Sr. Frondizi. — No me llamaría la atención que mañana se descubriera un nuevo complot.

Sr. Colom. — Si el señor diputado desea informarse, tengo la prueba de los diarios americanos del día 8 de junio.

Sr. Frondizi. — Eso no me llamaría la atención, cuando tenemos la extraordinaria experiencia del incendio del Reichstag ordenado por Hitler para perseguir a la oposición.

El caso que se ha traído a conocimiento de la Cámara es el de un ciudadano que hace tiempo fué acusado de intervenir en un supuesto complot cuya dirección se imputó al ex diputado Cipriano Reyes, que no era radical y sí un peronista que estaba sentado en las mismas bancas que ocupan los señores diputados.

Sr. Colom. — Ustedes lo aplaudieron.

Sr. Frondizi. — Este señor que interviene en esa transmisión era vicepresidente del partido cuya dirección tiene el ex diputado Reyes, compañero de los señores diputados...

Sr. Decker. — Ex compañero.

Sr. Frondizi. — ...quien fué torturado y que se encuentra en la cárcel de Villa Devoto.

Sr. Colom. — Por un delito común de conspiración.

Sr. Frondizi. — El ciudadano que intervino en esa transmisión radiofónica no tiene ni ha tenido relación de ninguna clase con los hombres que nos sentamos en estas bancas, y no lo hemos de condenar mientras no tengamos la posibilidad de investigar la verdad de esas aseveraciones. Pero queda en claro que en ningún terreno los hombres de la Unión Cívica Radical se solidarizan ni llegarán a solidarizarse en el futuro con hombres que ataquen al país y al pueblo argentino.

Sr. Colom. — ¿Y los libros publicados en Montevideo?

Sr. Decker. — Entonces, ¿por qué hacen oposición a este proyecto?

Sr. Frondizi. — Otra cosa es el ataque al régimen peronista, al que consideramos un despotismo...

Sr. Visca. — Es un gobierno constitucional.

Sr. Frondizi. — ...ataque que todo argentino puede hacer en cualquier rincón de la tierra, porque el concepto de libertad y de democracia es absolutamente indivisible, hace a la esencia humana y no reconoce límites geográficos.

No nos engañamos sobre el significado de este proyecto de ley dentro del gigantesco aparato del totalitarismo argentino.

Sr. Miel Asquía. — No admitimos lo de totalitarismo.

Sr. Frondizi. — Todos los sistemas totalitarios tienen dos características perfectamente claras: monopolio de propaganda y aparato de represión. Este proyecto de ley está dirigido a satisfacer una doble exigencia de propaganda y de represión, y para ello se explota uno de los más nobles sentimientos que tenemos todos los argentinos: el sentimiento de la propia dignidad nacional, el sentimiento de defensa de la soberanía argentina.

Sr. de la Torre. — Ustedes en este momento no comprenden ni quieren comprender.

Sr. Frondizi. — El régimen peronista se ha caracterizado, precisamente, en estos últimos años, por el perfeccionamiento de esos dos mecanismos de represión y de propaganda. Ya nos hemos ocupado alguna vez en este recinto del perfeccionamiento de los mecanismos de propaganda que se utilizan no sólo para elogiar al jefe del partido, sino para injuriar y calumniar a los hombres que tenemos el honor de no ser peronistas. En cambio, este proyecto tiene una vinculación especialísima con los aparatos represivos del régimen peronista, que se manifiesta en dos formas: represión en los hechos y legislación represiva del movimiento democrático.

No he de entrar esta tarde, para no salir del asunto en debate, a trazar una enumeración de todos los hechos represivos que se han cometido en los últimos tiempos dentro de la República. Con esos hechos se procura realizar un proceso de intimidación de la conciencia argentina, proceso que tiene las manifestaciones más diversas y que en estos últimos días ha tenido, dentro de la ciudad de Buenos Aires, una expresión típica que nos traslada a un siglo atrás en la época de la mazorca rosista.

Los domicilios de muchos hombres que no son peronistas, de hombres que tienen la responsabilidad de ser dirigentes en la lucha por la democracia argentina, han aparecido con cruces rojas con una G 1, para intimidarlos, para intimidar a sus familias, para intimidar...

Sr. Visca. — Eso se lo pintó él para que pueda traer la fotografía.

Sr. Mercader. — ¡Yo no lo he pintado!

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — Las casas de políticos radicales han aparecido con esas cruces, la letra y el número. También se ven en la casa de algún general de la Nación; en la de un escritor eminente, ubicada frente mismo a una comisaría: la casa del gran maestro argentino Ricardo Rojas.

Deseo aprovechar la tranquilidad que tiene la Cámara en este momento para decir, a quienes mandan realizar esa tarea, que se equivocan sobre el alcance del espíritu de resistencia de los hombres del radicalismo. No nos vamos a

intimidar ni con esas cruces ni con actos de otra naturaleza que se realizan. Ocuparme de ellos me desviaría del debate, pues tendría que entrar en la enumeración de secuestros y torturas realizadas por el régimen peronista.

Quiero ubicar este proyecto de ley dentro de la serie histórica de la legislación represiva del movimiento democrático, que —hay que hacer justicia a los señores del peronismo— no la inventaron: tiene antecedentes en la vieja oligarquía argentina y tiene antecedentes mucho más inmediatos: en el período 1930-1943.

Muchos argentinos, que desde la primera hora hemos estado definitivamente contra este régimen, afirmamos que el peronismo debió suprimir ese tipo de legislación represiva para cumplir las promesas que hizo al pueblo. Muchos hombres humildes de la Argentina, como muchos obreros, tuvieron la esperanza de que toda la legislación represiva del movimiento sindical sería derogada.

La ley de 1902, la ley de residencia número 4.144, está en pleno vigor.

Sr. Colom. — Se aplica a los especuladores.

Sr. Frondizi. — En la cárcel de Villa Devoto se encuentran 20 ó 30 obreros detenidos —varios desde hace dos años— sobre quienes pesa una orden de expulsión del país, según decreto firmado por el trabajador número uno, el general Perón.

El régimen peronista no derogó la legislación represiva que existía en la República, sino que dictó una serie de leyes para reprimir el movimiento obrero que no fuera peronista, y también el movimiento democrático que enfrentara al peronismo. Podría enumerarlas, pero me limitaré a traer al recuerdo de los señores diputados el decreto 536 de seguridad del Estado; la ley de sabotaje y espionaje, y la reforma al Código Penal.

Cuando se haga la historia de la legislación represiva en la Argentina, es de toda evidencia que se reconocerá que están en una misma línea la ley 4.144, a la que siguió la 7.029, de defensa nacional, y el decreto 536 y demás legislación represiva dictada por el gobierno del general Perón. Por eso exhibimos estos hechos, esta línea de política represiva, para documentar nuestra afirmación de que el proyecto del señor diputado por la Capital —que merecería una discusión amplia desde el punto de vista de la legislación penal—, necesariamente tiene que despertar, en este momento, nuestra oposición cerrada, porque no tiende a mejorar el Código Penal argentino, sino a crear un nuevo instrumento de represión contra los sectores democráticos.

Sr. Colom. — Persigue el fin de defender la soberanía nacional.

Sr. Frondizi. — ¿Por qué este proyecto entrado ayer es considerado hoy? Es que estamos,

señor presidente, frente a una campaña electoral.

Sr. Colom. — No, señor diputado.

Sr. Frondizi. — El peronismo está preparando el camino para asegurar la reelección del presidente de la República...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — ...a espaldas del pueblo y enfrentando la acción de las reservas morales que existen en el país.

Conocemos perfectamente bien los planes políticos del peronismo; sabemos que para la elección del 24 de febrero se armó el aparato de propaganda y el aparato represivo. Estos actualmente están perfeccionados, y de muchas de estas cosas nosotros estamos enterados por que el propio presidente de la República lo manifiesta en forma pública o lo concreta en cartas que envía a sus amigos.

Por ejemplo, aquí tengo una...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora.) — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — Aquí tengo copia de un párrafo de una carta que lo exhibo porque quiero robustecer mis palabras con testimonios insospechables, como lo he hecho en otras oportunidades cuando he traído a colación la opinión del general Perón.

Aquí tengo un testimonio no del general Perón, porque en ese momento era coronel retirado Juan Domingo Perón; lleva como fecha la del 26 de febrero de 1946.

Sr. Visca. — ¡Esa carta es falsa, como después lo voy a demostrar! Ella responde a la campaña...

Sr. Frondizi. — No voy a leer toda la carta.

Sr. Visca. — No puede leerla, porque es apócrifa.

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Presidente (Cámpora.) — Sírvanse no dialogar los señores diputados.

Sr. Frondizi. — Solamente voy a dar a conocer un párrafo de esa carta fechada el 26 de febrero de 1946.

—Varios señores diputados hablan simultáneamente.

Sr. Presidente (Cámpora.) — La Presidencia llama al orden al diputado por Buenos Aires, señor Rudi, y somete a consideración de la Ho-

norable Cámara si corresponde prohibirle el uso de la palabra en lo que resta de esta sesión.

Sr. Rudi. — Una sola vez me ha llamado al orden. El señor presidente es arbitrario.

Sr. Mercader. — La Presidencia no puede poner tal cosa a votación. Previamente tiene que llamarlo tres veces al orden. Es una arbitrariedad.

Sr. Presidente (Cámpora.) — Se va a votar si se quita el uso de la palabra, durante el resto de la sesión, al señor diputado por Buenos Aires.

—Resulta afirmativa de 63 votos, con quórum de 80 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora.) — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — No quiero salirme del tema en debate, pero quiero dar a conocer el criterio que tenía el coronel Perón el día 26 de febrero de 1946.

Decía así: «Pasó el día de la prueba. Todo ha sido superado y espero que los métodos ya ensayados con éxito en Europa den aquí resultado».

Sr. Visca. — El 26 de febrero ni siquiera se había iniciado el escrutinio.

Sr. Frondizi. — Oportunamente hablaremos de esa carta.

Sr. Visca. — Le demostraremos que es una farsa.

Sr. Frondizi. — Ahora debo continuar con mi exposición.

¿Contra quiénes va dirigido el proyecto de ley que se discute?

Sr. Colom. — Contra los traidores que difaman al país.

Sr. Frondizi. — Va dirigido contra los exilados; y lo primero que debemos preguntarnos los argentinos, sin distinción de colores políticos...

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — Tenemos que preguntarnos por qué motivos existen exilados argentinos. Es evidente que el motivo reside en que el clima político argentino es, en este momento, irrespirable.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora.) — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — Los señores diputados de la mayoría han traído a consideración de la Cámara el argumento de la situación de exilados de los países de América Central. No sé si los señores diputados han medido bien el alcance

de las palabras que han pronunciado. ¿Es que acaso en el Parlamento argentino puede haber algún hombre que esté identificado con los dictadores de América Central? ¿Puede haber acaso, dentro del país, algún hombre, diputado o no, conocedor del significado de la lucha antiimperialista, que se sienta solidario con algunas de esas dictaduras centroamericanas manejadas precisamente por el capitalismo imperialista?

Yo defino perfectamente mi posición ante ese problema. Declaro que en los casos de esas dictaduras soy totalmente solidario con los exilados que están luchando por la libertad y por la independencia económica de sus países. No queremos, por eso, confusión de ninguna naturaleza.

¿Es que acaso los hombres que andan errantes por los países de América por luchar contra los despotismos y contra el imperialismo han de ser condenados, aquí, en la Cámara de Diputados argentina? Nada de eso, señor presidente.

Nosotros reafirmamos nuestro permanente concepto antiimperialista y reafirmamos, también, nuestra posición en defensa de la libertad y de la democracia en todo el continente. Ya he definido bien el alcance de la conducta de este bloque. Condenamos las campañas que se realicen contra el país; condenamos a los traidores que puedan existir dentro y fuera de la Nación, pero creemos tener derecho a exigir del peronismo, a exigir del señor presidente de la República, como presidente, como general de la Nación y como argentino, que denuncie los nombres de las personas responsables de traición a la patria dentro y fuera del país.

Sr. Visca. — Ya fueron denunciados.

Sr. Colom. — Han sido denunciados por la prensa.

Sr. Frondizi. — Nosotros tenemos derecho, como argentinos, a pedirle, a exigirle al señor presidente de la República que dé los nombres, que traiga las pruebas, porque nosotros vamos a colaborar en la investigación de cualquier traición a los intereses del país. No es posible, sin embargo, aceptar que en nombre de ese alto concepto de los intereses de la patria, el de la soberanía nacional, se pretenda acusar en forma indiscriminada a los argentinos que no compartimos las ideas del Partido Peronista.

Sr. Colom. — ¿Me permite una aclaración, señor diputado? Será la última.

Sr. Frondizi. — Sí, señor diputado.

Sr. Colom. — Señor presidente: el elemento que tipifica el delito cuya sanción consideramos, es el de que por la prensa, la radiotelefonía, o cualquier otro medio de difusión, se propugne, por parte de un argentino, la aplicación de sanciones políticas o económicas contra el Estado argentino. Vale decir, que si un argentino, dentro del país o fuera de él, propiciara sanciones económicas contra la República, aun persiguien-

do la finalidad de cambiar el actual gobierno, ese argentino estaría incurso en este delito, delito que es lisa y llanamente de traición, porque quien pretenda que se apliquen sanciones económicas a la República, ya sea desde el interior, ya del exterior del país, comete el delito infamante de traicionar a su patria.

Lo sabe el señor diputado que el caso Beve-raggi Allende no es único y le consta que muchos exilados argentinos en Brasil y Uruguay propician también la aplicación de sanciones contra la República. Cuando tengamos la prueba, que será muy pronto y en forma documentada, esos argentinos caerán también dentro de las sanciones que establece esta ley.

Sr. Frondizi. — Nosotros, señor presidente, no nos vamos a prestar a maniobras de ninguna naturaleza. Una cosa es el país, una cosa es la Nación, una cosa es su pueblo, y otra cosa es el régimen peronista.

Sr. Colom. — Gobierno popular peronista.

Sr. Frondizi. — Naturalmente que ellos parten de un concepto totalmente distinto, porque no es un concepto democrático; ellos parten de la identificación del jefe del partido con el jefe del gobierno; del jefe del gobierno con todos los poderes del Estado; de los poderes del Estado con el Estado mismo; del Estado con la Nación; de la Nación con el pueblo. Y llegamos así al concepto doctrinario, tantas veces explicado, del totalitarismo europeo, que hacía del *fuehrer* o del *duce* el intérprete del propio pueblo alemán o del propio pueblo italiano.

Sr. Colom. — El justicialismo es absolutamente distinto.

Sr. Frondizi. — Nosotros estamos absolutamente en desacuerdo con el concepto doctrinario que identifica al jefe del partido con el propio pueblo. Una cosa es el jefe del partido, otra cosa debe ser el presidente de la República, otra cosa son los poderes del Estado, otra cosa es el Estado mismo, otra cosa es el pueblo.

No queremos confusiones. Cada vez que un hombre luche contra el despotismo en cualquier rincón de la tierra, tendrá la completa solidaridad de los demócratas argentinos.

Sr. Colom. — Formas de ver.

Sr. Frondizi. — Yo sé que este proyecto procura aplicar penas infamantes no contra argentinos que estén tramando conspiraciones contra el propio país...

Sr. Colom. — No los sanciona.

Sr. Frondizi. — ...este proyecto va destinado contra los argentinos que no están dispuestos a aceptar el régimen peronista.

Sr. Colom. — La ley se aplicará a los que piden sanciones contra la República.

Sr. Frondizi. — Pero estas leyes no sirven para el propósito que el señor diputado y la mayoría peronista persiguen. Lo que se desea es poner el estigma de traidor a muchos argen-

tinios ilustres que están en el exilio. Hay en el exilio, por ejemplo, tres ex diputados radicales.

Es evidente que los señores diputados y el régimen peronista no han aprendido la lección de la historia. No quiero entrar ahora en un debate sobre el revisionismo histórico, por muchas razones, incluso porque creo que el bloque de la mayoría tiene tomada una decisión de acuerdo a una resolución de su consejo superior en el sentido de que los diputados no discutan el problema del revisionismo histórico. Por eso no quiero hacerlo con esa ventaja.

Sr. Colom. — Hágalo el señor diputado.

Sr. Frondizi. — Algún día discutiremos en la Cámara o fuera de ella todo el proceso del rosismo, no con el concepto de revisionismo histórico, sino para establecer la verdad objetiva de una generación que está viviendo cien años después de Rosas, que está viviendo sin ninguno de los odios de Rosas y sin ninguno de los odios que pudieron tener los hombres que con pasión argentina combatieron al tirano Rosas. A pesar de eso hay una lección histórica que está viva en la realidad argentina y es que también los exilados de la dictadura de Rosas fueron calificados como asquerosos, infames, traidores de la patria.

Sr. Colom. — ¡Claro! Cuando estuvieron aliados con Francia y con Inglaterra.

Sr. Frondizi. — Fueron calificados así hombres como Sarmiento, como Echeverría, como Alberdi, como Gutiérrez, como Mitre y como tantos otros.

Sr. Colom. — No hable el señor diputado de Mitre, que no le conviene.

Sr. Frondizi. — Hoy, ante la conciencia histórica de una generación que vive cien años después de aquellos acontecimientos, que no tiene ninguna de las pasiones ni odios de aquel momento, esos hombres como Sarmiento, Echeverría, Alberdi, tienen un alto significado dentro del proceso histórico de la civilización argentina. Ese significado es una realidad que nadie podrá negar, ni siquiera los hombres que trabajan por la reivindicación de Rosas dentro del país. Hay una verdad que está en la conciencia de todos los argentinos. Algún día, continuando la labor de los actuales historiadores, se hará un examen a fondo de todo el proceso rosista, y entonces se hablará de los hechos tales como fueron y no como los quiso presentar la pasión del tirano, que ordenaba se escribiesen en sus diarios aquellos términos de asquerosos y traidores a la patria, ni tampoco con la pasión, con la noble pasión que pusieron los hombres que combatieron a la tiranía de Rosas.

Sr. Visca. — Esos serían ustedes.

Sr. Frondizi. — Se ha hablado más. Se ha hablado de los intereses populares y de la lucha antiimperialista. No hemos de repetir en esta Cámara, después de seis años de actuación,

nuestro pensamiento sobre el problema imperialista, nuestra decisión inquebrantable como argentinos, como hombres de América, como radicales, de oponernos a la acción de cualquier imperialismo, venga de donde viniere.

Lo hemos demostrado en la Cámara de Diputados de la Nación, continuando la vieja tradición antiimperialista de Hipólito Yrigoyen, lo hemos documentado en cada uno de los problemas fundamentales de orden económico e internacional que se presentaron.

Sr. Colom. — Pura teoría.

Sr. Frondizi. — No vamos a derivar el debate a ese terreno, para preguntar cuáles son las realizaciones esenciales del peronismo en esta materia...

Sr. de la Torre. — ¿Me permite una interrupción?

Sr. Frondizi. — ...pero tampoco vamos a permitir que se hagan tergiversaciones de ninguna naturaleza.

Si hay una fuerza política que estará contra la acción de todos los imperialismos y en favor de una auténtica realización en lo económico, en lo social y en lo cultural, esa fuerza política es la Unión Cívica Radical. En ningún momento el radicalismo estará al servicio de ningún imperialismo. En ningún momento el radicalismo estará al servicio de ninguna fuerza externa o interna que se oponga a la realización de los intereses populares dentro de la Argentina.

Y nuestros claros antecedentes no nos llevarán a una defraudación de los grandes ideales argentinos, a establecer solidaridad ninguna con hombres que hablan de antiimperialismo y sirven al imperialismo, con hombres que hablan de defensa de los intereses populares y sirven la acción del capital nacional e internacional, con hombres que hablan de democracia y niegan la libertad a sus propios hermanos argentinos.

Sr. Colom. — Pero ¿qué hizo la Unión Cívica Radical en el gobierno?

—Hablan varios señores diputados simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — El país sabe bien, señor presidente, que nosotros estamos definidos frente al peronismo. El país sabe bien que no le pedimos cuartel al peronismo; sabe bien, porque lo hemos repetido en cada momento, que hemos de continuar luchando en todos los terrenos hasta que el régimen dictatorial termine en la República.

Y con esa misma fe afirmamos que nuestra lucha lo es con nuestras propias fuerzas, y que ni el radicalismo como partido político ni los hombres que pertenecemos al radicalismo hemos de pedir ni aceptar el apoyo de ninguna fuerza extranjera para nuestra lucha por la libertad.

Habría que continuar hablando extensamente para demostrar que el peronismo no tiene reali-

zaciones fundamentales, pero comprendo que no es el tema principal del debate...

Sr. de la Torre. — Estoy pidiendo al señor diputado una interrupción y no me la quiere conceder.

Sr. Frondizi. — ...la falsa postura del peronismo, las promesas incumplidas, la defraudación de muchas esperanzas.

Podríamos demostrar con las propias palabras del presidente de la República cómo el propio presidente de la República, en nombre del país, ha ofrecido colaboración a las potencias que ahora acusa, a Wall Street...

Sr. Visca. — ¡No es exacto!

Sr. Decker. — ¡Es una enormidad!

—Hablan varios señores diputados simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Ruego al señor diputado por la Capital que vuelva al asunto en debate.

Sr. Frondizi. — Podría examinar todos estos temas que he tenido que tocar de paso, porque el señor diputado Colom ha hecho referencias, y podría demostrar con datos económicos y financieros concretos las ventajas económicas que en el país se acordaron a consorcios como la ITT, las empresas petroleras; la CADE, a la que este gobierno le prestó \$ 200.000.000, además de permitirle el aumento de las tarifas eléctricas. Pero acepto la indicación del señor presidente y vuelvo al tema en debate.

Nosotros, que combatimos al actual presidente de la República...

Sr. Visca. — No está en discusión el señor presidente de la República...

Sr. Frondizi. — ...porque usó sus cargos para preparar su elección, tenemos derecho para decir que pese a todo, después del 24 de febrero de 1946, el presidente de la República pudo hacer una presidencia histórica para todos los argentinos.

Sr. Visca. — La ha hecho.

Sr. Decker. — El pueblo lo está expresando.

Sr. Visca. — El señor diputado por la Capital está fuera de la cuestión.

Sr. Presidente (Cámpora). — Señor diputado por la Capital: el señor diputado por Buenos Aires hace cuestión formal de que no está en el tema en debate.

Sr. Frondizi. — Pudo hacerlo, y no lo hizo.

Advierto al señor diputado por Buenos Aires, que está amenazando con declararme fuera de la cuestión, que estoy exponiendo con tranquilidad para que se pueda debatir libremente un problema tan grave para el futuro de la República. No sé si el señor diputado cree que declarando fuera de la cuestión a un diputado de la oposición, el peronismo gana la batalla.

Sr. Visca. — El señor diputado ha reconocido que está fuera de la cuestión, cuando dijo que

volvía a ella. Y eso que es profesor de dialéctica.

Sr. Frondizi. — Yo no soy profesor de nada; no lo he sido antes, y menos lo sería ahora.

Sr. Decker. — ¡Pobre juventud, si fuera profesor!

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — Muchas cosas he debido sufrir en mi vida política. Hoy, señor presidente, he tenido que sufrir la descalificación del profesor Decker para mis pobres conocimientos en materia de problemas argentinos. Pero eso en todo caso es un honor que agregaré a mi vida.

Sr. Presidente (Cámpora). — Ruego al señor diputado vuelva a la cuestión en debate.

Sr. Frondizi. — Nosotros vamos a votar en contra del proyecto de ley sin entrar en el examen de los aspectos técnicos frente al problema de la legislación penal argentina. Vamos a votar en contra sin necesidad de examinar este proyecto de ley a la luz de la técnica penal, y lo hacemos así porque es un proyecto que está ubicado dentro de la serie histórica de la legislación represiva argentina, pero represiva de la libertad y de la democracia y no de los delincuentes.

Vamos a votar en contra de este proyecto de ley porque forma parte de una campaña que se prepara contra la Unión Cívica Radical en el país y fuera de él.

Sr. Colom. — ¡No es exacto!

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Frondizi. — Vamos a votar en contra porque esta iniciativa está en la línea de procurar la intimidación de la conciencia democrática argentina; está en la línea del discurso del señor presidente de la República, al prometernos hace unos días hacernos colgar con alambres...

Sr. Vischi. — No lo necesita, porque está apoyado por el pueblo.

Sr. Frondizi. — ...y también está en la línea de la declaración de los jefes burócratas de la CGT, que han amenazado con derramar sangre, levantar horcas como si fuera posible que el presidente de la República por un lado y los dirigentes sindicales por otro, pudiesen utilizar los cargos que tienen para predicar el odio y la división de los argentinos.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia invita respetuosamente al señor diputado a volver al tema en debate.

Sr. Frondizi. — Concluyo, señor presidente; no se alarme, porque el tema no lo he inventado yo, sino el señor presidente de la República.

Sr. Presidente (Cámpora). — Eso no está en discusión en este momento, señor diputado.

Sr. Colom. — El señor diputado habla de universalizar el movimiento; él perdona permanentemente.

Sr. Frondizi. — Lo que nos interesa definir claramente en este momento, es que, en los países de América que luchan contra la miseria, contra la ignorancia, por su emancipación frente al imperialismo y por el establecimiento de la libertad y de la democracia, si existen traidores, lo son siempre los déspotas y los hombres que están el servicio de los déspotas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Colom. — Esta ley va contra los traidores; mientras ustedes se mantengan en su línea, no se asusten.

Sr. Monjardin. — ¡Todos los días nos llaman traidores!

Sr. Vischi. — No se lo dicen a ustedes.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Bagnasco. — Señor presidente: el proyecto de ley en consideración tuvo entrada en el día de ayer y nuestro bloque, momentos antes de iniciarse esta sesión, resolvió proponer su tratamiento por la Cámara constituida en comisión. Ello determina que los fundamentos que podamos dar los integrantes de este cuerpo para ilustración de la Cámara, tengan como condición característica la de la improvisación.

Confesamos que vamos a improvisar con respecto a la forma y en los argumentos que vertemos en el curso del debate, pero reconocemos que este hecho singular trae un factor interesante al debate: es el que los hombres que expresan sus opiniones con respecto a este asunto, trascienden en sus discursos el pensamiento que contiene la doctrina que informa el partido al cual pertenecen y la conducta que siguen como miembros de esos partidos.

Confieso que el discurso que acabamos de escuchar es típicamente radical. En él abundan las definiciones, las críticas y las clasificaciones. Se opina con generosidad sobre éste u otro aspecto del asunto, pero en definitiva nunca se resuelve por una medida, por una concreción del pensamiento condensado en un proyecto que tenga por aspiración determinar el establecimiento de un orden público que permita a los hombres de la política actuar con una conducta y un pensamiento que esté de acuerdo con los altos intereses del país.

El discurso del señor diputado por la Capital fué ambiguo. Había en él una firme condena moral para los malos argentinos y graves imputaciones contra los que expresan pensamientos contrarios al país, pero de ninguna

manera acepta el señor diputado que esta Cámara, como parte del Congreso de la Nación, donde están los representantes del pueblo, decida tomar valientemente una actitud que resguarde el orden público dentro del cual únicamente el país podrá encontrar el sendero que lleva al logro de sus aspiraciones.

Se queja el señor diputado por la Capital de que desde la iniciación de esta etapa peronista en el gobierno de la República, se hayan dictado una serie de leyes que él llama represivas, y asegura que con ello sólo se tiende a reprimir a la oposición, a los hombres cuyo pensamiento no se identifica con el nuestro.

El argumento es fácilmente rebatible. El país tiene una historia y en ella está claramente establecido qué ha conseguido la República, qué progresos ha alcanzado en lo económico y en lo político dentro de las amplias libertades que, según el señor diputado sostiene, existían antes del establecimiento del gobierno peronista.

¿Qué hubo hasta 1916? El régimen, un gobierno de fraude, una oligarquía entronizada en las posiciones públicas, que gobernaba a espaldas del país, que se valía de esas posiciones para su enriquecimiento particular, que se olvidaba del pueblo y que sólo reconocía su existencia para esclavizarlo; que en todo pensaba menos en bien del país y de su pueblo.

¿Qué hubo desde 1916 hasta 1930? Un gobierno radical que no dictó, según dicen, leyes represivas, pero dentro del cual el orden público no existía; dentro del cual la administración no gozaba de buen concepto; donde las instituciones permitían que los hombres que se hallaban al frente de ellas usaran de sus resortes en beneficio personal y no en beneficio general.

¿Qué aprendió la libertad de prensa durante el gobierno radical? A atacar al gobierno, a tomarlo como blanco de sus críticas, a desprestigiarlo ante el concepto de los propios argentinos y de los extranjeros, a disminuir su capacidad, a demoler su poder de acción, a inhibirlo de realizar una obra constructiva.

Siempre invocan los señores diputados radicales que Yrigoyen no pudo hacer esto o aquello, que se lo impidieron y que no tenía en sus manos la posibilidad de realizarlo. Fué un gobierno que no realizó, que no pudo concretar las aspiraciones contenidas en su plataforma política. Fué un gobierno —reconozcámoslo— que fracasó en su gestión gubernativa.

¿Y qué pasó desde 1930 hasta la revolución del 4 de junio? No hubo leyes represivas, pero tampoco el país consiguió conquistar los ideales que informan a los hombres de bien; no consiguió plasmar en obras las aspiraciones de todos los hombres que se vieron movidos por el interés público.

La ausencia de leyes represivas no impidió que el país se desviviera en un desorden, en un caos, en una desorientación que fué creando el fermento a cuya influencia se concretó la revolución del 4 de junio, jubilosamente aceptada por el pueblo.

¿Y qué quieren los señores diputados radicales? ¿Que el peronismo pase por el gobierno como pasó el radicalismo, sin dejar sus principios plasmados en leyes? ¿Que pasemos por la Casa de Gobierno, por el Congreso, por la magistratura, por las instituciones del país, sin dejar en ellos la huella de nuestro paso concretado en principios y leyes que determinen un orden jurídico, un orden público que no pueda ser jamás violado impunemente contra los intereses del país? ¿Podíamos por un prurito jurídico, por ese temor y esas sombras a que hacía alusión el señor diputado por la Capital, dejar de cumplir con nuestro deber? Nosotros tenemos un concepto distinto de la función pública. No nos interesan los hombres sino en la medida en que desempeñan esa función. No dictamos leyes represivas tratando de resguardar a los hombres que integran el gobierno. Lo hacemos para resguardar el orden en la República, para que nadie viole los sentimientos básicos de la nacionalidad, para que nadie anide en su mente motivos que puedan perjudicar al país y al pueblo. Somos conscientes de nuestra responsabilidad; sabemos perfectamente cuáles son los fines que persigue el gobierno, y ponemos, al servicio de su consecución, todos los elementos que están a nuestro alcance para que el país logre el engrandecimiento deseado y el pueblo pueda vivir dentro de una tranquilidad que constituya su verdadera felicidad.

Tenemos una conducta, tenemos una trayectoria corta pero firmemente definida. Mas de una vez hemos hecho en esta Cámara la distinción entre el medio que empleamos, que es la política, y el fin que perseguimos: el bienestar del pueblo y del país.

Esa diferenciación define nuestra conducta en la vida pública y determina que los hechos que se desprenden de nuestra actuación sean valorados con ese concepto, sean especificados y clasificados con un criterio de bien público, nunca de protección de nuestros intereses partidarios, porque para nosotros la política no significa, de ninguna manera, un objetivo, sino un camino por el que hemos de llegar al horizonte que nos hemos propuesto.

—Ocupa la Presidencia el señor vicepresidente 1º de la Honorable Cámara, ingeniero Natalio Trebino.

Creo que este proyecto de ley no debería ser tan debatido, porque la figura de delito infamante que crea, debería discutirse en voz ba-

ja, ya que en él se establece una sanción para los malos argentinos. Involucra a quienes olvidan que han nacido en esta patria; a quienes reniegan del sentimiento noble que debe inspirar el nombre de la Argentina. Se refiere a aquellos evadidos de sus fronteras que olvidan todo lo bueno que hay en el país.

Es triste que alrededor de estos hechos se realice un debate de banderías políticas, cuando todos deberíamos estar unidos e identificados contra quienes atacan a la patria y tienen para con ella intenciones aviesas. Sin embargo, la actitud del bloque de la minoría ha sido ambigua, ya que no ha definido claramente su posición. Una vez más, con su habilidad característica, el diputado por la Capital, señor Frondizi, ha eludido el problema refiriéndose a muchas cosas sin concretar el ideal del radicalismo en relación a quienes atentan contra el país. El repudio hacia esos hombres no puede ser exclusivamente concretado en palabras, sino en leyes represivas.

Considero que estas leyes deben ser apoyadas como exteriorización de la responsabilidad de ser argentino. Sin embargo, señor presidente, desde los albores de la nacionalidad hechos como el de hoy, que nos colocan en el duro trance de tratar este proyecto, se han venido sucediendo en repetidas oportunidades. La debilidad de los gobiernos y de los hombres, y un sentido totalmente errado de la responsabilidad emergente de la función pública, han determinado que estos traidores a la patria proliferaran. Los peronistas no queremos que estos hechos se repitan, y pretendemos que de aquí en más no haya ningún argentino que pueda atentar contra el honor o la integridad de la República sin recibir el condigno castigo.

No se deberá dictar más ninguna ley de amnistía que ampare a quienes, arrepentidos, vuelvan al país diciendo que desde ese momento sienten de nuevo el ideal patriótico. Quienes en un momento determinado cometieron el error de incurrir en traición a la patria deben quedar marcados para siempre.

Un argentino no puede, de ninguna manera, incurrir en acto de deslealtad a la patria y luego apelar al sentimiento de la nacionalidad buscando el perdón.

En el momento que el radicalismo ejerció el gobierno de la Nación no supo tener la firmeza necesaria frente a hechos de naturaleza vergonzante como éste. Si no la tuvo cuando pesaba sobre él la responsabilidad de la función pública, no podemos pretender que la tenga ahora, cuando la responsabilidad reside en otro partido político. Por eso sabemos que no nos acompañan.

No creemos que ellos tengan dudas sobre quiénes van a ser blanco de los dardos de este proyecto de ley. Es evidente que en manera alguna puede interpretarse que ellos van dirigidos con-

tra quienes no son peronistas. Quienes piden sanciones económicas y políticas contra la Argentina no son antiperonistas, ya que las mismas no perjudican al peronismo sino a la Argentina y a su pueblo. No querer observar esta evidencia significa cerrar los ojos a la realidad. Considero que con su posición partidista tienden a endosarnos la responsabilidad, y a eludir la que les puede corresponder. Nosotros aceptamos toda la responsabilidad. Aun más: creemos que si ellos, cuando pudieron hacerlo, no lo hicieron, cometieron un gravísimo error, que no estamos dispuestos a repetir.

Estimo que proyectos como éste tienden exclusivamente a defender la posición argentina no sólo en América sino en el mundo. Nuestro país ha adquirido en el concierto de las naciones una dimensión que es menester cuidar y defender. Hoy, por cualquier medio, y en la forma más rápida, se llega a impresionar la mente de los integrantes de un pueblo. Es muy fácil llegar en este momento hasta las almas sencillas de la gente del pueblo para impresionarla en favor de los falsos apóstoles que pregonan y predicán en contra de las verdades que sostienen a esos mismos pueblos.

Nosotros, firmes responsables de nuestra posición como gobierno, vamos a seguir sosteniendo que es indispensable hacer frente a todos los peligros, vengan de donde vengan, para lograr las soluciones que el momento reclama.

De ninguna manera seremos pusilánimes. Apoyaremos el proyecto. Si la Unión Cívica Radical se opone a él, no hará más que definir, en una nueva oportunidad, su trayectoria de partido de centro, que no está a la izquierda ni a la derecha, de partido que censura con palabras todas las malas actitudes, pero que no penetra a la entraña del problema ni encuentra su solución.

El peronismo ha demostrado en su trayectoria, que otros postulados le sostienen; que no sólo es capaz de penetrar al fondo de los problemas para analizarlos, sino que también es responsable de las soluciones que propicia porque ellas no van a defender una situación momentánea, sino los altos intereses de la Nación. (¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.)

Sr. Presidente (Trebino). — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Yadarola. — El presente debate ha sido utilizado para llevar toda clase de ataques a los hombres de la Unión Cívica Radical...

Sr. Colom. — No hemos atacado a nadie.

Sr. Yadarola. — ...sobre todo cuando se ha hecho referencia a la actitud del radicalismo con respecto a las elecciones del 24 de febrero.

Nosotros no podemos asumir la responsabilidad de la acción de ningún hombre que actúe por su cuenta dentro o fuera de la República. Las afirmaciones que pueda haber hecho ese

ciudadano argentino en Estados Unidos corren por su exclusiva cuenta y bajo su responsabilidad. Pero lo que no puede desconocer el pueblo argentino es que ese hombre fué víctima de las torturas policiales más atroces...

Sr. Colom. — No es exacto.

Sr. Yadarola. — ...que lo pusieron en el trance de huir del país. Lo que no puede ocultar la bancada peronista y lo que debe saber el pueblo de la República es que en nuestra patria se viola el código de los derechos humanos que el gobierno argentino ha suscrito y se ha obligado a cumplir.

Sr. Visca. — El señor diputado está fuera de la cuestión.

Sr. Yadarola. — En ese código, pequeño en su estructura y grande en su contenido moral, se establece la absoluta prohibición de emplear métodos bárbaros para obtener declaraciones. Se prohíbe terminantemente la tortura, pero, en nuestra patria, a los hombres que caen bajo la acción policial se les tortura para obtener declaraciones conforme a los designios de la policía peronista.

Sr. Visca. — Hago la cuestión formal: el señor diputado no se ajusta al tema en debate.

Sr. Presidente (Trebino). — La Presidencia invita respetuosamente al señor diputado por Córdoba a ajustarse al tema en debate.

Sr. Yadarola. — Me ajusto al tema, que se refiere a la actuación de hombres tildados de traidores. Hay que hablar, entonces, de la conducta de esos hombres y de la conducta del gobierno.

No es posible, señor presidente, que se pretenda confundir al gobierno que hoy tiene la República con el pueblo de la Nación. Ese gobierno fué —sin duda— votado por una gran masa del pueblo, que creyó, esperanzada, obtener la solución de sus problemas. Pero ha sido desengañada ya; se ha dado cuenta del gravísimo error de haber confiado en la palabra de su líder.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Honorable Cámara, doctor Héctor J. Cámpora.

Hoy el pueblo argentino está arrepentido, y se advierte...

Sr. Visca. — Señor presidente: el señor diputado por Córdoba no está hablando sobre el asunto en debate. Hago la cuestión.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Honorable Cámara decidirá por una votación si el orador se está refiriendo al asunto en debate.

Sr. Yadarola. — Estoy en la cuestión, señor presidente.

Sr. Presidente (Cámpora). — Varios señores diputados hacen cuestión de que el señor dipu-

tado por Córdoba no se está refiriendo al asunto en debate. La Honorable Cámara decidirá.

Sr. Yadarola. — Yo no puedo...

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia le ruega, señor diputado, se abstenga de hacer uso de la palabra hasta que la Honorable Cámara decida.

Sr. Yadarola. — Debo contestar a las imputaciones infundadas...

—Suenan las campanas.

Sr. Yadarola. — ¿Quién ha planteado la cuestión, señor presidente?

Sr. Presidente (Cámpora). — El señor diputado por Buenos Aires; y ha sido apoyado por varios señores diputados del sector de la mayoría.

Sr. Yadarola. — No quieren escuchar...

—Suenan las campanas.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar si el señor diputado por Córdoba se está refiriendo a la cuestión en debate.

—Resulta negativa de 61 votos; votan 81 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Cooke. — Señor presidente: el señor diputado Miel Asquía y el señor diputado Benítez, lo mismo que el señor diputado Visca, han destacado la sorpresa de nuestro sector por la circunstancia de que el bloque de la Unión Cívica Radical no nos acompañara con su voto. Pero esto, que suele ser un recurso oratorio en el transcurrir de un debate, este viejo recurso dialéctico de manifestar extrañeza ante una supuesta incomprensión por parte del adversario, es, en el caso del proyecto que estamos considerando, un estado de ánimo que no vacilamos en expresar: tenemos profundo estupor al saber que el bloque de la Unión Cívica Radical no va a votar este proyecto.

¿Qué argumentos nos han dado los señores diputados? El señor diputado vicepresidente del bloque de la Unión Cívica Radical ha dicho que éste es un acto más «tendiente a consolidar la legislación represiva del país», y ha intentado equiparar a este gobierno y a esta legislación represiva con la que existiera en el país hasta 1943; e incluso llegó a considerar que esta ley es del mismo tipo de la 4.144, que sancionó la oligarquía argentina cuando el movimiento obrero de nuestro país comenzaba a poner en peligro los intereses de los económicamente poderosos.

Sr. López Serrot. — Ley 4.144 que Perón mantiene.

Sr. Cooke. — La mantenemos por una razón muy sencilla: porque actualmente es un resorte para la soberanía y no para la defensa de clase;

ya no es una ley de la clase burguesa contra los obreros, sino una ley de protección del país contra los malos extranjeros. La sanción de los instrumentos jurídicos suele ser efecto de un estado de ánimo colectivo o de un grupo dentro del país, que se traduce en una ley, como es el caso de la ley 4.144, sancionada cuando comenzaba a nacer el movimiento obrero argentino a medida que se iba desarrollando nuestra industria. Pero el gobierno actual, apoyado por la clase obrera, puede y debe, en este momento, utilizar esas armas, no con el propósito con que fueron sancionadas, sino con el objeto con que únicamente las puede emplear este gobierno, que no ha vacilado en hacer uso de la ley para alejar del país a especuladores y no a proletarios.

En este momento, cuando todos los países dictan legislaciones mucho más fuertes que ésta para proteger su soberanía, acosados por los dos imperialismos que se están combatiendo por la hegemonía mundial, sería una actitud suicida que tendría únicamente justificación si nuestras mentes estuviesen obnubiladas, el ir sacando los resortes que tienden a proteger nuestra soberanía; porque la defensa de la clase proletaria del país debe hacerse no a través de leyes penales sino de las leyes de justicia social, que son las que nuestro bloque está propiciando siempre. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Por las manifestaciones de los señores diputados del sector radical, nos enteramos que este proyecto «forma parte de una campaña», o del «mecanismo oficial de propaganda», «de los recursos oficiales», como dijo el señor diputado por Córdoba. Aparte de que negamos de plano esa afirmación, yo digo lo siguiente: si desde 1930 a 1943 gobernaron partidos sin calor popular, si esos partidos dispusieron de dinero, del gobierno y de todos los resortes que estaban a su alcance y no lograron conquistar una sola voluntad, ya que la inmensa mayoría estuvo en su contra, ¿cómo puede creerse que nosotros tengamos la ingenuidad de suponer que por medio de la propaganda oficial y de los resortes del gobierno se pueden conquistar voluntades?

Esos mecanismos de propaganda, esos resortes del Estado, tienen importancia cuando se hace fraude, porque sirven para tapar el clamor popular; pero cuando el ciudadano argentino tiene, como ha tenido desde el advenimiento del ahora general Perón, la posibilidad de exteriorizar su pensamiento a través del voto libre, es creer que éste es un pueblo de tontos si se piensa que va a dejarse seducir por la propaganda oficial o por los mecanismos que se manejan desde el gobierno; significa creer que es un pueblo sobornable, cuando sabemos que se mantienen puras las fuerzas morales que constituyen la tradición de todas las épocas de nuestra historia. ¿Acaso el 24 de febrero teníamos diarios?

Sr. Illia. — Tenían el gobierno nacional y los provinciales.

Sr. Cooke. — Me gustaría que el señor diputado supiera cuál era nuestra situación financiera. Que supiera lo que sucedía cuando con poco dinero teníamos que hacer un afiche y recorriamos las imprentas. Los diarios, en su mayoría, estaban en contra nuestra, y las imprentas trabajaban en los afiches de la Unidad Democrática. Cuando pretendíamos hacer unos modestos anuncios, invitando a algún acto o indicando al ciudadano dónde tenía que votar, nos encontrábamos con que el dinero de la Unidad Democrática había elevado de tal manera los precios que con nuestros modestos recursos no podíamos hacer ni siquiera volantes.

Esa situación la conocen todos los que intervinieron en aquella lucha. ¿Y se les puede hacer creer que el dinero juega un papel de importancia cuando tienen que decidirse la conciencia argentina? ¿Cómo pueden creer que la propaganda es tan importante que ella por sí misma pueda desviar la conciencia de los argentinos, cuando están persuadidos de la verdad del caso que defienden? ¿Creen que si el peronismo conquista algún afiliado radical es mediante la propaganda, a través de los diarios o de la radio?

Si alguna opinión conquistamos, será porque la obra del presidente de la República es buena. Si alguna opinión perdemos, será porque ese ciudadano cree que ella no es tan buena. Pero suponer que la propaganda o que el gobierno en sí mismo sea un factor decisivo para orientar las conciencias argentinas es, a mi juicio, inferir un profundo agravio a esa misma conciencia argentina.

Comprendo que hay un recurso de muy mala fe que se ha utilizado en este país antes de ahora, y que se ha utilizado también en muchos países del mundo: decir que el adversario es un vendepatria, que está en contra de su país. Comprendo que es un recurso de muy mala fe; pero mucho peor es sostener la licitud de cualquier acto contra la soberanía argentina, fundándose en el recurso mezquino de que se está combatiendo no al país, sino al despotismo.

El señor diputado por la Capital nos ha dicho que una cosa es el país y otra cosa es el presidente. Nosotros sabemos que una cosa es el país y otra el general Perón, ya sea como presidente de la República o como jefe de nuestro movimiento; pero sabemos que el general Perón es el presidente que el país se dió, y sabemos que no se puede realizar una acción desde el exterior contra el presidente de la República sin comprometer la soberanía del país.

De la misma manera que es admisible que desde las tribunas públicas se ataque al presidente y a hombres del gobierno, no admitimos que desde el exterior se puedan mover campañas

so pretexto de que se está persiguiendo al despotismo.

Las ayudas, de cualquier índole que sean, recibidas del extranjero, siempre se pagan muy caras. El señor diputado por la Capital nos recordó el pasado argentino, nos habló de Rosas y de los llamados traidores de entonces. El mismo dijo que no es posible hacer una equiparación. Han transcurrido cien años de entonces ahora, y los hechos, las circunstancias y los hombres son diferentes. Pero lo que estaba mal entonces, también está mal ahora; lo que San Martín condenó, también nosotros lo condenamos.

Nosotros sabemos que todo lo que en la historia de nuestra patria se ha hecho con ayuda del extranjero, siempre se pagó muy caro: cuando no se entregó la soberanía de nuestros ríos, tuvieron que entregarse territorios. La ayuda extranjera nunca sale barata. Siempre repercute en contra de la soberanía del país.

Ya sabemos también lo que son las dictaduras de esos Estados de América, opresores de miles de hermanos nuestros de lucha. Sabemos que las compañías que dirigen el comercio de la fruta en el Caribe, o del estaño en Bolivia, o del salitre en Chile, o el del caucho en otros países, suelen dirigir también a los gobiernos. Pero también hemos visto cómo esos luchadores antiimperialistas, esos hombres que están batallando por la reivindicación humana y económica de las clases sumergidas de América latina, se han negado permanentemente a pactar con Wall Street. Podemos estar seguros que ninguno de ellos ha pensado en ningún momento que ha de ser con la ayuda extranjera cómo han de conquistar lo que vienen persiguiendo durante muchos años.

Hemos visto un presidente llevado al triunfo por las clases populares en un país vecino, que ha sido despojado por un golpe militar. Sabemos quién lo pagó y cómo lo pagó.

Pero no admitimos que pueda llevarse a cabo una reivindicación de América latina y un destronamiento de estos regímenes despóticos al servicio de Estados Unidos, si no es por la fuerza moral de cada pueblo, por el pensamiento, la acción y la conciencia de las masas populares. Sólo así será posible conquistar la independencia económica, y no mediante organismos internacionales, uniones democráticas o entidades que persiguen ideales vagos que no contemplan los verdaderos intereses de los pueblos de América. No puede invocarse la excusa de la lucha contra el despotismo, aunque él existiese —bien se sabe que no es así—, pues la lucha contra los gobiernos buenos o malos debe hacerse en cada país, por medio de sus hombres y sin ninguna clase de ayuda foránea.

Recuerdo que hace dos o tres años, un diputado de la Unión Cívica Radical llegó a Brasil. Se le quiso hacer una entrevista de prensa con

preguntas —yo tuve oportunidad de conocerlas— que eran tendenciosas contra nuestro gobierno. Ese diputado se negó a contestarlas. Se le dió un banquete donde se hicieron críticas a los gobiernos dictatoriales, con el ánimo de que en la respuesta de agradecimiento de ese diputado argentino se involucrase una crítica y un agravio contra el gobierno argentino; pero ese diputado agradeció sin hacer apreciaciones de esa índole. Y cuando se le quiso incitar por periodistas a que expresase su opinión sobre la realidad argentina, ese diputado dijo: yo no hago política fuera de mi país y las opiniones que tenga que dar, las daré en él. Ese diputado es el señor diputado Frondizi, a quien yo le pregunto: ¿cuándo tenía razón: entonces o ahora? ¿Cuándo estaba en la verdad: entonces o en este momento? ¿Cuándo estaba interpretando la conciencia nacional: entonces o en este momento?

Sr. Frondizi. — ¿Me permite una interrupción, señor diputado?

Sr. Cooke. — Sí, señor diputado.

Sr. Frondizi. — Entonces y ahora he tenido absolutamente la misma conducta. Cuando estando en un palco de la Cámara de Representante del Brasil fui invitado imprevistamente a ocupar el estrado de la Presidencia, le hablé al pueblo del Brasil de los problemas de América y no del problema de la dictadura argentina. Y hoy, en esta Cámara, soy consecuente con el principio inspirador de la conducta de entonces y sostengo los mismos ideales.

Sr. Colom. — ¿Qué opina de Sammartino, Rodríguez Araya y Cattáneo?

Sr. Frondizi. — Agradezco al señor diputado por la Capital el reconocimiento que ha hecho de mi actitud, pero evidentemente no podrá él desconocer que los diarios que maneja el partido a que pertenece nos llaman traidores, incluyendo al diputado que habla.

En cuanto a la conducta de los ex diputados radicales que están en el exterior, cuentan con la total solidaridad de la Unión Cívica Radical.

Sr. Colom. — Es una enorme contradicción.

Sr. Bagnasco. — Es una contradicción flagrante.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Cooke. — No niego en absoluto al señor diputado Frondizi el derecho de expresar desde su banca o desde la tribuna lo que opine sobre el gobierno argentino, nos guste o no nos guste. Pero destaco que aquella actitud del señor diputado Frondizi es totalmente diferente a la de otros argentinos que utilizan medios de difusión y de propaganda que se les ofrecen en otros países, para realizar desde allí un enjuiciamiento antiargentino. Ese hecho, que yo califico de

la manera más dura, no puede ser disimulado con el pretexto de que una cosa es el gobierno argentino y otra cosa son el país y el pueblo.

Por otra parte, el proyecto que consideramos es perfectamente claro. No establece penalidades para el que opine contra el gobierno argentino o contra nuestro país desde el extranjero. Ni siquiera tiene esa amplitud, que se podría prestar para el argumento de que podríamos utilizarla, si ése fuese nuestro propósito, con fines partidistas. Únicamente establece penalidades para aquellos que pidan sanciones políticas o económicas contra el Estado argentino desde el extranjero, es decir, que ni siquiera se califica el hecho, que nosotros moralmente repudiamos, de hablar contra el país desde una tribuna extranjera. Esta ley sólo alcanza a aquellos casos en que, además de la propaganda o de la expresión de la idea, esté el propósito claro de poner en juego nuestra soberanía, lesionándola a través de pedidos de sanciones económicas o políticas que, por otra parte, hemos sufrido muchas veces y estamos dispuestos a aguantarlas cuantas veces fuera necesario. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El señor diputado Illia ha dicho que no es posible que a los hombres de la Unión Cívica Radical se les aplique los mote de antipatria, vendepatria y traidores. Ha dicho que nos pongamos la mano en el corazón y meditemos sobre la magnitud del agravio que ello significa. La Cámara sabe bien que nunca mis pasiones me llevan por el camino del agravio, que no suelo ser excesivo en los juicios sobre las personas; por eso, yo digo al señor diputado Illia que se ponga él la mano en el corazón y nos manifieste si tenía derecho a comenzar haciendo esa invocación a nuestro bloque, para terminar expresando que nosotros estamos representando a la antipatria. De la misma manera le pido nos aclare cómo pudo haber afirmado, al igual que el señor diputado por la Capital, que el gobierno argentino sirve los intereses de Wall Street.

Para nosotros eso es acusarnos directamente de traidores, porque no hacemos distinguos técnicos entre la traición política y la económica. Tengo la impresión de que no fuimos nosotros los que entregamos los transportes, ni los que otorgamos las concesiones petroleras, ni los que dimos el monopolio de los transportes de la ciudad de Buenos Aires a través de la corporación. Nosotros no fuimos los que pactamos el Roca-Runciman, ni constituimos un Banco Central con la dirección de los capitales extranjeros, ni hemos sido los que intervinieron en esos actos que enajenaron el patrimonio político y económico de la Nación.

Por el contrario, nosotros somos ese mismo gobierno que nacionalizó el Banco Central, que compró los ferrocarriles y los teléfonos, que nacionalizó los seguros, que creó efectiva-

mente la Flota Mercante, que nacionalizó el gas; que cambió todo ese dispositivo de la oligarquía argentina al servicio del imperialismo, por un dispositivo argentino, que bien o mal manejado, será siempre eso, un dispositivo «argentino». A través de él, podrá llevarse a cabo cualquier política nacionalista, que continúe la ejecutada por nosotros.

¿Cómo puede decirse que el gobierno esté al servicio de Wall Street, después de esas realizaciones para lograr un dispositivo económico nacional? Nosotros no somos ya un dominio, ni trabajamos como una colonia que se mantiene fiel a las pretensiones de sus amos imperialistas, por eso se nos ataca desde el exterior. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

¿Para qué íbamos a hacer todo eso? ¿Para qué se iba a poner el gobierno de la revolución en contra de toda la oligarquía? ¿Para qué iba a dar el aguinaldo? ¿Para después servir a Wall Street con ese mismo dispositivo tan trabajosamente puesto al servicio de la Nación Argentina? ¿Son éstos argumentos que puedan conmover al pueblo argentino? Hubiese sido mucho más fácil para el coronel Perón haberse perpetuado en el gobierno por medio de golpes de mano, como los que suceden en los países que nos recordaba el señor diputado Frondizi.

¿O es que se cree acaso que los países que nos achacan una falta de democracia y que nos acusan de que no cumplimos la Carta de los Derechos Humanos nos harían esas críticas si nosotros nos hubiéramos unido a la «democracia del Norte» y estuviésemos bailando al compás de la marchita que tocan desde Wall Street?

Sr. Yadarola.—Claro que lo dirían.

Sr. Cooke.—No nos dirían nada; seríamos un país democrático y respetuoso de todos los derechos, porque cuando se habla a través del mecanismo internacional de «democracia y libertad», se entiende la obligación de estar en la línea de la política internacional que nos marquen. Porque para los luchadores antiimperialistas, nunca ha habido democracia y libertad, porque jamás se ha levantado una voz para criticar la acción de esos gobiernos que han masacrado miles de obreros, que han ahorrado a todos los trabajadores y que han permitido y facilitado el apoderamiento, a través de los dividendos de las compañías extranjeras, del producto de la sangre y el sudor de los trabajadores argentinos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora).—Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Cooke.—El señor diputado Frondizi nos dijo que nuestro presidente pudo hacer una presidencia histórica. Nosotros creemos que la hizo y no vamos a dar ahora las razones por las cuales lo creemos. Los señores diputados saben cuál es la base de nuestra convicción.

Pero el señor diputado por la Capital nos recordó palabras del señor presidente de la República cuando se refería a los «alambres» con los cuales se iba a colgar a los que quisiesen despojarlo del gobierno. De eso quiso sacar una nueva conclusión: que nosotros albergamos una política de odio.

Yo pregunto a los señores diputados de la oposición: después del 24 de febrero, después de esa elección que ellos reconocieron como la más libre realizada en la Argentina, ¿qué hicieron? ¿Acataron el resultado o se colocaron en una política de «golpismo»? ¿Qué hizo la oposición? ¿Procuró derrocar al gobierno a base de la propaganda, de la convicción llevada a los espíritus y a los corazones argentinos de que su ideal y su doctrina actual eran superiores a los nuestros o se pusieron en una política típicamente «golpista»?

Sr. Frondizi.—No es exacto.

Sr. Cooke.—No estoy hablando exclusivamente del radicalismo sino de la oposición en general, de la misma manera que el presidente de la República no habló del radicalismo sino de la oposición, distingo que ahora voy a explicar.

La oposición, en vez de buscar el camino del sacrificio, de llevar a la convicción de cada uno de los argentinos la necesidad de cambiar el gobierno de Perón, buscó el atajo, la encrucijada, por medio de la cual, a través de un golpe de estado o de la suerte de un militar afortunado, pudiese llegar al gobierno y se ahorrara los años de lucha y sacrificio que habían tenido todas las generaciones de obreros argentinos para llegar recién con el general Perón al gobierno de la Nación.

Sabemos bien lo que quiso decir el señor presidente cuando habló de que a él no lo van a colgar, sino que él será el que cuelgue. No quiso decir que va a implantar una política de terrorismo para acallar a la oposición, sino que a él no le va a pasar lo que a Yrigoyen, quien, abandonado por todos, pudo ser volteado del gobierno por medio de un golpe militar.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Cooke.—Lo que el señor presidente quiso decir, y nosotros entendemos muy bien su lenguaje y el pueblo también, es que únicamente dejará el gobierno cuando el pueblo lo quiera y ni un minuto antes; lo dejará cuando los obreros del campo y de la ciudad, cuando los hombres que trabajan en nuestra patria

crean que ha llegado el momento; pero ni un instante antes, y de allí no lo sacará ni un golpe militar, ni un golpe internacional, ni la propaganda que se haga del extranjero. (*Aplausos.*)

El señor diputado Yadarola expresó que el pueblo «se está desengañando del gobierno». Cuando el pueblo «se desengañe» elegirá al partido de la oposición, y entonces, por medio de un pronunciamiento electoral, se hará el cambio pacífico y podremos dejar el gobierno.

Lo que queremos decir, y lo que quiere decir el señor presidente, es que éste no es un gobierno para asustarlo, ni ponerlo en peligro ni destruir la confianza en él a través de la política golpista, de la política de difamación, ni de movimientos internacionales. (*Aplausos.*)

Tal es el concepto y no un supuesto terrorismo manejado desde la Casa de Gobierno. Un presidente fuerte, con doctrina, con partido y con el movimiento obrero a sus espaldas, no necesita hacer ninguna clase de terrorismo. Lo único que necesita es seguir su obra, seguir consolidando las conquistas sociales. En un acto eleccionario el pueblo no lo ha de abandonar. Y si el pueblo lo abandonase, entonces no tendría importancia tal plan represivo.

Por eso, el argumento político en torno a esta ley estaba fuera del caso. La ley es concreta: establece penas para quienes por cualquier medio de propaganda preconciben la aplicación de sanciones políticas y económicas contra el Estado argentino, es decir, pena un delito concreto en un caso que calificamos de traición, y que los señores diputados en el fondo de su conciencia saben que es traición a la patria.

Unanse a nosotros con su voto; demostremos que, por unanimidad, esta Cámara no está dispuesta a que se utilice una potencia extranjera para interferir en nuestra soberanía. Después sigamos luchando; habrá agravios, se podrá pelear en el recinto o en la rotonda, pero mientras tanto —lo pido en nombre de este bloque— unanse con nosotros en este voto. No interesa el caso concreto que motiva este pronunciamiento. Al fin y al cabo su protagonista es un pequeño miserable. Lo que nos interesa es la sanción para este tipo de hechos.

Les hago el pedido en nombre del bloque peronista. Después seguiremos luchando. Viene una campaña electoral; vamos a tener que intercambiar muchos conceptos desagradables; habrá acusaciones recíprocas; pero, por lo menos, demostremos al país que este tipo de política, a través de otras potencias, la repudiamos todos los diputados argentinos sin ninguna excepción. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Astorgano. — Pido la palabra para una moción de orden.

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Astorgano. — Hago moción de que se cierre el debate.

Sr. Illia. — ¿Qué diputados estaban anotados?

Sr. Presidente (Cámpora). — Los señores diputados Santander, Visca, Illia y Vitolo.

Se va a votar la moción de orden, formulada por el señor diputado por la Capital, de que se cierre el debate.

— Resulta afirmativa de 70 votos; votan 84 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Honorable Cámara constituida en comisión deberá aprobar un despacho.

Sr. Miel Asquía. — Hemos hecho llegar a la mesa dos proyectos en substitución del presentado por el diputado por la Capital señor Colom. Solicito que por Secretaría se les dé lectura y, en nombre del bloque que represento, propongo que sean aprobados como despacho de la Cámara en comisión.

Sr. Presidente (Cámpora). — Por Secretaría se dará lectura de los proyectos de ley.

Sr. Secretario (Zavalla Carbó). — El primer proyecto de ley tiene la siguiente redacción:

Artículo 1º — Será reprimido con prisión de cinco a veinticinco años e inhabilitación absoluta y perpetua, el argentino que por cualquier medio propiciare la aplicación de sanciones políticas o económicas contra el Estado argentino.

Art. 2º — La aplicación de la presente ley estará a cargo de la justicia nacional. La prescripción de la acción no correrá mientras el autor del delito esté fuera de la jurisdicción nacional.

Art. 3º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

El segundo proyecto de ley tiene la siguiente redacción:

Artículo 1º — Prívase de la ciudadanía argentina a Walter Beveraggi Allende.

Art. 2º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Sr. Santander. — El segundo proyecto trata de una cosa distinta.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar la proposición, formulada por el señor diputado por la Capital, de que la Honorable Cámara, constituida en comisión, apruebe el despacho por el que se aconseja la sanción de los proyectos de ley leídos por Secretaría.

Sr. Miel Asquía. — Solicito que la votación sea nominal.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia desea saber si está suficientemente apoyado el pedido de votación nominal.

— Resulta suficientemente apoyado.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar nominalmente.

—Se inicia el cómputo de la votación nominal.

Sr. Santander. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia no puede conceder el uso de la palabra, en este momento, porque se está practicando la votación nominal.

Sr. Santander. — Es que se trata de dos cosas distintas, señor presidente.

Sr. Presidente (Cámpora). — Está cerrado el debate, señor diputado por Entre Ríos, y se está votando nominalmente.

—Simultáneamente hablan varios señores diputados, y suena la campana.

Sr. Yadarola. — Pido palabra para una aclaración relacionada con la votación.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se está votando nominalmente, señor diputado por Córdoba.

Sr. Yadarola. — No sabemos qué es lo que se vota.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se está votando nominalmente la proposición, presentada por el señor diputado por la Capital, de que la Honorable Cámara, constituida en comisión, apruebe los proyectos que se leyeron por Secretaría.

Sr. Rojas. — Pero del segundo proyecto de ley no se ha hablado.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Honorable Cámara ha estado constituida en comisión, y debe aprobar un despacho.

Sr. Santander. — La Cámara estuvo constituida en comisión para considerar un solo proyecto de ley.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Honorable Cámara en comisión puede aprobar un despacho que contenga más de un proyecto, relacionados con las cuestiones debatidas.

Sr. Santander. — Pero los dos proyectos se refieren a cosas distintas.

Razonemos para ver quién tiene razón.

Sr. Presidente (Cámpora). — Con la votación que está produciendo la Honorable Cámara en comisión, decidirá si aprueba ambos proyectos.

Sr. Santander. — Lo que sucede es que los señores diputados tienen miedo. Es otra ley producto del miedo.

—Suena la campana.

—Se practica la votación nominal.

Sr. Secretario (González). — Han votado 96 señores diputados: 86 por la afirmativa y 10 por la negativa.

—Votan por la afirmativa los señores diputados: Alvarez Pereyra, Allub, Argaña, Astorgano, Ayala López Torres, Bagnasco, Beretta, Bernárdez, Bidegain, Bonino, Brugnierotto, Bustos Fierro, Camus, Cané, Carreras, Casas Noblega, Conte Grand, Cooke, Cursack, Decker, Degreef, de la Torre, de Prisco, Díaz (C. A.), Díaz (M. M.), Erro, Estrada, Fernández, Ferrando, Filippo, Forteza, Fregossi, Garaguso, Garay, Guardo, Haramboure, Ibarguren, Lagaña, Lareo, Lavía, Leloir, Lema, Letamendi, Lucini, Marchargo, Mariategui, Marini, Marotta, Messina, Miel Asquía, Montes (A.), Montes (J. M.), Montes de Oca, Montiel, Novellino, Osinalde, Ottonello, Pasquali, Perea, Pirani, Ponce, Pontieri, Reynés, Ricagno, Roche, Rodríguez (M.), Rodríguez (N. M.), Rossi, Rumbo, Saporiti, Saravia, Sarmiento, Seeber, Silvestre, Tejada, Tilli, Tommasi, Toro, Trebino, Urtiaga Bilbao, Varea, Vergara, Villafañe, Visca, Vischi y Zamudio.

—Votan por la negativa los señores diputados: Dávila, Frondizi, Illia, López Serrot, Roas, Rudi, Santander, Soiá, Vitolo y Yadarola.

Sr. Presidente (Cámpora). — Queda levantada la conferencia.

3

REPRESION DE ACTIVIDADES ANTIARGENTINAS

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar en general el despacho aprobado por la Honorable Cámara constituida en comisión.

Sr. Santander. — ¿Qué se vota, señor presidente?

Sr. Presidente (Cámpora). — Se vota en general el despacho, producido por la Honorable Cámara constituida en comisión, que aconseja la aprobación de los dos proyectos de ley de que oportunamente se dió lectura por Secretaría.

Sr. Santander. — No es reglamentario, señor presidente: son dos cosas distintas.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar en general el despacho producido por la Honorable Cámara constituida en comisión.

—Resulta afirmativa de 82 votos; votan 92 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — En consideración, en particular, el artículo 1º del primer proyecto, que se va a leer.

Sr. Secretario (Zavalla Carbó). — Dice así:

Artículo 1º — Será reprimido con prisión de cinco a veinticinco años e inhabilitación absoluta y perpetua el argentino que por cualquier medio propiciara la aplicación de sanciones políticas o económicas contra el Estado argentino.

Sf. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por San Juan.

Sr. Conte Grand. — En la discusión realizada ha quedado típicamente definido el alcance del artículo 19 de la ley que vamos a votar. Pero no obstante haber escuchado tres discursos de miembros de la bancada opositora, hasta este momento no he oído ninguna objeción cierta y concreta al proyecto.

Pensaba hablar en la consideración por la Cámara en comisión y aludir a las diversas apreciaciones formuladas por el señor diputado por la Capital, pero el cierre del debate llegó luego de las brillantes exposiciones de mis compañeros de sector, en las que se ha confrontado exhaustivamente las opiniones del sentimiento argentino que alienta en la bancada peronista y la actitud incomprensible asumida por el sector radical.

En la discusión ha quedado definida la mentalidad y la finalidad de la ley. En el proyecto del señor diputado Colom se dice en términos que no admiten diferentes interpretaciones, porque son rectos y verdaderos, que esta ley está encaminada a sancionar a los ciudadanos argentinos que propicien la aplicación de sanciones políticas o económicas contra el Estado argentino. Esto, como bien lo señaló nuestro compañero Cooke, no puede en manera alguna entenderse como una represión destinada a impedir la expresión de ideas en el campo político, en el orden interno o procedentes del exterior, de parte de los argentinos que residen fuera del país.

Sr. Santander. — ¿Me permite una interrupción, señor diputado?

Sr. Conte Grand. — Sí, señor diputado.

Sr. Santander. — Quiero formularle amablemente una pregunta.

El señor diputado Frondizi ha puesto en duda la autenticidad de las palabras atribuidas al joven Beveraggi Allende. Tengo entendido que no ha estado en la intención de éste, dentro de los términos generales de su discurso, la interpretación dada por los señores diputados, al extremo de que sea necesario sancionar una ley contra las palabras que ha dicho y contra su propia persona, porque este joven, perseguido y torturado por la policía...

Sr. Colom. — No es exacto.

Sr. Santander. — Estoy hablando y entendiéndome con el señor diputado que tiene el uso de la palabra.

Sr. Decker. — Siempre que se ajuste al asunto en debate.

Sr. Santander. — Dentro del alcance de esta ley, si un ciudadano argentino, residente en el país o en el extranjero, recurre a un organismo internacional, que puede ser el de las Naciones Unidas, y denuncia que en el país se viola la ley y, sobre todo, que se carece de las garan-

tías esenciales que defiende esa organización internacional, ¿incurre también en el delito que prevé esta ley?

Este es el caso, precisamente, del joven de que estamos hablando, que quería la intervención de las Naciones Unidas, pero no una intervención compulsiva con el carácter que han señalado los señores diputados.

Sr. Conte Grand. — Debo decir al señor diputado, y así fué manifestado en su momento en el debate, que esta ley no se ocupa de la minúscula y canallesca personalidad del señor Beveraggi Allende, exilado por su gusto y traidor en el sentido moral y mental al país. No nos ocupamos de Beveraggi y de su transmisión radiotelefónica. Nos referimos a quienes puedan propiciar desde cualquier parte, con el alcance que se le da en el despacho que ha aprobado la Honorable Cámara, sanciones políticas y económicas contra el país. Si algún ciudadano argentino, en su ofuscación, por su pasión partidaria, desde el exterior o del interior del país hace cualquier clase de crítica, pero no va en procura de estas medidas monstruosas, no está, señor diputado, comprendido en esta ley.

Eso es lo que se ha querido enmarañar en el debate por la dialéctica del señor diputado por la Capital, pero está bien de manifiesto que el sector peronista de la Cámara no se propone legislar en un sentido represivo de las ideas de ningún opositor. Se trata lisa y llanamente de castigar la acción traidora de quien vaya al exterior en procura de esta clase de sanciones que, repito, no están dirigidas contra un gobierno ni contra la persona del jefe del Estado ni contra un partido político, sino contra el país todo.

Los señores diputados, que proclaman su ideario democrático y que constantemente están reclamando la vivencia de las prácticas democráticas, tendrán que reconocer que en la lucha republicana un medio de esta naturaleza es absolutamente monstruoso y está vedado. No podemos admitir, como lo señalaba hace un momento el señor diputado Cooke, que las cuestiones de política interna, la ascensión o el descenso del gobierno, de un hombre, de un partido, puedan ser regulados mediante medidas de fuerza que vengan desde el exterior.

Dentro del sentido tradicional de la política internacional argentina, ese gran principio de la no intervención, esa pasión nuestra en la lucha contra el imperialismo, es lo que traduce el proyecto de ley.

No nos interesa que algún descastado, como este señor que nos ha traído el ejemplo en virtud del cual podemos prever cosas más graves para el futuro, haya pretendido pedir la intervención económica. Eso será motivo del otro proyecto, que también se ha leído por Secretaría.

Volviendo al alcance de los términos de este artículo 1º, debo señalar que, según lo anotaba el señor diputado Colom en los fundamentos de su proyecto y en su exposición de esta tarde en la Honorable Cámara, no tenemos actualmente en la legislación penal argentina ninguna disposición que prevea exactamente un caso de esta naturaleza. El Código Penal — y así lo señalamos el año pasado cuando tratamos la ley de sabotaje y espionaje — se refiere a los casos de traición.

Nosotros no aceptamos que la diputación radical nos asigne el propósito de calificar con el rótulo infamante de traidor a quien incurra en este delito. Moralmente son traidores para la mentalidad común, para la mentalidad popular, pero nosotros, al establecer esta nueva figura delictiva y su sanción en el artículo 1º del proyecto, no ponemos en función el artículo 33 de la Constitución. No hacemos cuestión sobre ese punto porque está perfectamente delimitado en la Constitución y en el Código Penal vigente.

A propósito de la norma que rige sobre esta clase de delitos contra la seguridad de la Nación, el artículo 215 del Código Penal dice: «Será reprimido, con reclusión o prisión perpetua, el que cometiere el delito previsto en el artículo precedente, es decir, el de traición — en los casos siguientes: 1º, si ejecutare un hecho dirigido a someter total o parcialmente la Nación al dominio extranjero o a menoscabar su independencia o integridad; 2º, si indujere o decidiere a una potencia extranjera a hacer la guerra contra la República.»

El caso que nosotros pretendemos contemplar en este proyecto es, como acota el señor diputado Rumbo, una figura delictiva moderna.

No necesitamos demostrar que en estos tiempos la guerra consiste no sólo en el estado bélico, en la acción de las armas, sino que hay acontecimientos anteriores o posteriores a un conflicto, que pueden ocasionar a un pueblo tantas vicisitudes como la lucha armada, tal el caso de las sanciones políticas o económicas.

Sr. Filippo. — ¿Me permite una aclaración el señor diputado?

Sr. Conte Grand. — Sí, señor diputado.

Sr. Filippo. — El señor diputado ha dicho que la disposición del Código Penal implica que puede darse el apelativo de traidor a los que menoscaban la independencia del país.

Nuestra Constitución Nacional nos dice que tenemos actualmente independencia económica. Entonces yo pregunto: ¿por qué no se les puede llamar traidores a quienes queden comprendidos en el ámbito del proyecto?

La Constitución argentina tiene un artículo que se refiere a la traición. El artículo 33 dice lo siguiente: «La traición contra la Nación consistirá únicamente en tomar las armas contra ella.» Muchas veces me he preocupado por el

alcance que debe darse al término «únicamente» que emplea este artículo. ¿Se refiere a la traición en el sentido de que sólo se aplicará la pena que corresponda al que es realmente traidor, en el concepto preciso de la palabra, es decir, al que tome las armas contra la Nación o se una a los enemigos de la Nación prestándoles ayuda y socorro, o debe dársele otra extensión? Porque en la Constitución Nacional tenemos también el artículo 20, que en su parte final establece lo siguiente: «Actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable, y sujetarán a los que los formulen, consientan o firmen, a la responsabilidad y pena de los infames traidores a la patria.»

Yo espero que el señor diputado por San Juan, con su capacidad, nos ilustre al respecto.

Sr. Conte Grand. — En materia penal se ha debatido mucho el alcance del artículo constitucional que se refiere a la traición.

El Código Penal vigente se aparta un tanto de la definición constitucional, pero contiene los supuestos que están calificados como traición a la patria por la Constitución. La razón histórica, que no desconoce el señor diputado por la Capital, de limitar el delito de traición a los casos gravísimos de tomar las armas contra la patria o de prestar ayuda a los enemigos de la Nación, me exime de entrar a explicar por qué nosotros no queremos prodigar ofuscadamente el título infamante de traidor a quien pueda oponerse de cualquier manera al gobierno y no al país. Vamos a seguir ese criterio y preferimos en el orden jurídico no calificar expresamente de traición a la acción que está consignada en el artículo 1º de este proyecto.

Sólo me estoy refiriendo al delito de traición, para señalar la gravedad del hecho que nosotros queremos incriminar, porque tiene un parentesco evidente con aquella figura el hecho de propiciar sanciones contra el país.

En estos tiempos, señor presidente, el bloqueo económico que ya lo hemos sufrido y podremos aguantarlo aunque sea a costa de las vicisitudes de nuestro pueblo, es un hecho insólito, pero no imposible.

—Suenan la campanilla indicadora de que ha vencido el plazo de que dispone el orador para su exposición.

Sr. Presidente (Cámpora). — Ha vencido el plazo de que disponía el señor diputado.

Sr. Conte Grand. — Hablo en nombre de mi bloque.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por San Juan.

Sr. Conte Grand. — Si un argentino, desde adentro o de fuera, según el alcance que se le ha dado en el despacho que acabamos de aprobar, por cualquier medida propicia un hostiga-

miento al país, a costa del sacrificio que va a originar en el pueblo, con el objeto de derrocar al gobierno, ese argentino está incurriendo en un hecho tan grave como la traición.

No nos interesa en este caso establecer como se ha de calificar el hecho de ese ciudadano. Políticamente, moralmente, nosotros lo calificamos de traición; pero esa calificación no la vamos a incorporar a la ley, porque no se trata de prodigar calificativos con ella, sino de contener, mediante su acción enérgica, a cualquiera que caiga en la tentación monstruosa y torpe de querer derrocar a un gobierno a costa del sufrimiento de todo el pueblo.

Decía el señor diputado Frondizi, después de haber hecho toda esa maraña sobre aspectos relacionados con este proyecto, que él no deseaba ni necesitaba examinar la ley proyectada a través de la ciencia jurídica penal.

Es realmente curiosa esa posición. Los señores diputados opositores hasta ahora no han querido pronunciarse sobre el alcance de la ley, sobre términos que son claros y precisos creando una figura típica, sin ningún peligro de que esta ley se aplique a otra cosa que a las situaciones que de su texto resultan claramente.

Sr. Yadarola. — Con el cierre del debate nos han impedido hablar.

Sr. Conte Grand. — Nosotros estamos acostumbrados a ver y escuchar a los señores diputados de la oposición que siempre pretenden colocarse en situación de mártires, de hombres sometidos a nuestra supuesta prepotencia, que según ellos no les deja hablar, y hemos escuchado tres largas exposiciones en ninguna de las cuales se hizo objeción alguna al proyecto que acabamos de votar. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Esta es una prueba bien clara de que la oposición sigue en un ofuscamiento que no va a dejarle ningún éxito, desde luego, creyendo que puede soslayar un tema de esta naturaleza en forma que justifique esa primera reacción que se advirtió al tratarse la moción de constituir la Cámara en comisión para tratar este proyecto, y quiere tapar los efectos decepcionantes de una actitud que debía ser la de la unanimidad frente a los ataques exteriores, y que ellos han querido cubrir bajo la apariencia de que esta ley está dirigida a menoscabar a los ciudadanos argentinos que están en una acción enérgica, constante y libre contra nuestro movimiento.

El señor diputado por la Capital, en términos condicionales e hipotéticos, dijo que su bloque se solidarizaría con la acción de nuestro gobierno y de nuestro grupo parlamentario si llegara el caso de tener que repeler ataques exteriores o defender la soberanía del país.

Sr. Frondizi. — No hagamos confusiones: nos solidarizamos con el país, no con esta dictadura.

Sr. Conte Grand. — No estamos defendiendo a un gobierno, porque el bloqueo económico o las sanciones políticas no afectan al gobierno, sino al Estado y al pueblo argentinos. Las graves lesiones que de eso pueden derivar no sólo van a afectar al gobierno o a los integrantes del movimiento peronista, sino a todos los argentinos, incluso a los que despotrican todos los días contra el gobierno.

Desde el punto de vista jurídico, puesto que estamos en la consideración en particular del artículo, sólo cabe señalar lo que he expresado hace un instante. El delito ha quedado configurado claramente con la tipicidad que es necesaria en materia penal. Se va a castigar al que propicie por cualquier medio toda clase de sanciones respecto de nuestro país, aunque esas sanciones no hayan tenido lugar. Esto es lógico y tiene antecedentes en la legislación. El Código Penal italiano —no el del año 30, como imaginarán los señores diputados, sino el anterior, comentado por ilustres penalistas italianos— ya contenía disposiciones de esta naturaleza, y castigaba a quien incitara o hiciera de cualquier modo la propaganda de hechos que interfirieran en la economía del país y pudieran afectarlo en ese orden, algo semejante al bloqueo o sanciones económicas que ahora contemplamos en este proyecto.

De manera que al complementar y agregar a nuestra legislación penal una figura de esta índole, nosotros estamos procediendo desde el punto de vista político general a la defensa del país; y en cuanto a la legislación positiva vigente, anexándole una disposición que llena un claro existente en nuestras leyes en vigor. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Astorgano. — Hago moción de que se cierre el debate.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar la moción de orden formulada por el señor diputado por la Capital.

— Resulta afirmativa de 71 votos, con quórum de 80 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar el artículo 1º.

— Resulta afirmativa de 73 votos; votan 80 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — Por Secretaría se dará lectura del artículo 2º.

Sr. Secretario (Zavalla Carbó). — El artículo 2º dice así:

La aplicación de la presente ley estará a cargo de la justicia nacional. La prescripción de la acción no correrá mientras el autor del delito esté fuera de la jurisdicción nacional.

Sr. Presidente (Cámpora). — En consideración.

Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Illia. — Señor presidente: primeramente debo contestar al señor diputado Cooke por la referencia que hizo a mi breve exposición anterior, cuando manifesté que los diputados de la Unión Cívica Radical no podemos ser motejados por el gobierno como traidores a la patria y formando parte de la antipatria. El señor diputado Cooke se preguntaba cómo podía yo devolver esa frase a los señores diputados de la mayoría. Yo entiendo que no podemos hablar entre nosotros de traidores a la patria, y eso es el significado de mis palabras. Quien las reproduce y divulga es antipatriota.

No puede decirse que algún argentino sea traidor, a menos que se pruebe el hecho de manera fehaciente. No podría ser un buen argentino quien tuviese vinculaciones con los intereses foráneos.

He seguido con particular atención la exposición del señor diputado Cooke, y frente a sus consejos de que votáramos afirmativamente este proyecto, he de decirle que los hombres de la Unión Cívica Radical venimos cumpliendo con un deber de solidaridad para con la ciudadanía argentina, con un alto espíritu de desinterés. No buscamos el camino fácil del atajo o de la conspiración para llegar al gobierno, como refería el señor diputado Cooke, y él lo sabe muy bien. Otros son los que han buscado el camino del atajo para llegar al gobierno.

Sr. Ottonello. — Nosotros tampoco; hicimos una revolución.

Sr. Illia. — Después del 24 de febrero de 1946, reconocimos que el pueblo argentino votó por las actuales autoridades nacionales y no hemos realizado, como consecuencia, ninguna política golpista. Pensábamos que debíamos volver otra vez a reconstruir los cuadros de nuestro partido, al cual defendimos con calor y defendemos con fervor actualmente, porque creemos defender así una verdad argentina. Creemos que la Unión Cívica Radical, por su historia y por sus luchas presentes, no puede ser traicionada por los hombres que nos hemos formado en sus filas, y así hayamos estado en el gobierno o en la oposición, hemos tratado de cumplir con nuestro deber.

No hemos hecho una política golpista, efectista y de simple oposición. ¿Cómo la íbamos a hacer, señor diputado Cooke, si usted sabe cuál era el clima político de la República después de las elecciones del 24 de febrero de 1946! Éramos minoría, muchos correligionarios se alejaron y quedó un puñado de ciudadanos para tratar de que no se arriara la bandera del glorioso partido. Sólo nosotros sabemos, y no queremos venir aquí a cubrirnos con fáciles galardones, lo que nos ha costado esta lucha y el modesto sacrificio que hemos realizado para mantenernos

en una línea de conducta seria y responsable al servicio de la República.

¿Cómo este partido que tiene estos antecedentes va a buscar el camino fácil de la conspiración? ¿Cómo este partido que ha estado luchando siempre para esclarecer la verdad argentina podría en algún momento pensar que es más fácil llegar al poder sin antes adoctrinar y tener una mayoría seria y cierta en el pueblo argentino?

No tenemos ninguna clase de impaciencia, como lo hemos repetido muchas veces. Nosotros queremos que sea el propio pueblo quien resuelva su destino.

Sr. Colom. — Ya lo ha resuelto, y lo va a volver a resolver próximamente.

Sr. Illia. — No es de buen gusto hacer vaticinios de esa naturaleza, señor diputado Colom. Lo único que nosotros pedimos y deseamos no es que nos acompañe la mayoría del pueblo argentino si él decide otra cosa, sino que la lucha sea igual, pareja, sin ventajas para nadie, presidida por un gobierno imparcial.

Sr. Colom. — Y lo es.

Sr. Illia. — Aquí debemos hablar a cada momento del presidente de la República no con el afán de agraviarlo, sino porque, como lo saben muy bien los señores diputados, y así lo han manifestado en esta Cámara, el presidente de la República es, además, el jefe del Partido Peronista y el líder de todos los señores diputados...

Sr. Miel Asquía. — Como lo fué Yrigoyen.

Sr. Illia. — ¿Cómo van a comparar con la labor de Yrigoyen? Yrigoyen no saltó de Campo de Mayo a la Casa Rosada; luchó durante veinte años desde el llano, adoctrinando a la ciudadanía para formar un partido. Eso es lo difícil, eso es lo que no han hecho los oficialistas de este momento.

El Partido Radical tiene autoridad para poder hablar de estas cosas. Nosotros no abandonamos a Yrigoyen en 1930 y lo acompañamos después cuando no podía favorecer a sus partidarios como autoridad, y seguimos acompañando su memoria, pues sigue siendo la figura señera de la Unión Cívica Radical. No utilizamos a Yrigoyen como lo utilizaron...

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia ruega al señor diputado por Córdoba que se refiera al proyecto en discusión.

Sr. Illia. — Señor presidente: sabido es que el debate en general fué cerrado. Yo estaba anotado para intervenir en él. Aunque no esté estrictamente en la cuestión, los señores diputados de la mayoría pueden tener mínima tolerancia, porque debemos levantar cargos substanciales referentes a la vida de nuestro partido

y a la fe y dignidad con que defendemos los principios de la Unión Cívica Radical.

Yrigoyen fué utilizado en 1946 —y eso es lo tremendo, señores diputados— por el partido oficial, que hizo su campaña con los nombres de Alem, Yrigoyen y Perón, pretendiendo que el partido oficial actual se consubstanciaba con la Unión Cívica Radical, con su ideario, y era continuador de la obra de Yrigoyen. Hoy los señores diputados, incansables en la injuria contra la Unión Cívica Radical, denigran su pasado honesto y siempre al servicio digno de la patria. Lo que queremos...

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Esta es la consecuencia, señor diputado, de no estar en la cuestión.

Sr. Illia. — Paso entonces a expresar los conceptos en virtud de los cuales votaremos en contra del artículo 29.

¿Cómo se puede decir o pensar que los diputados de la Unión Cívica Radical no sancionan a quien conspira contra los auténticos intereses de la patria?

Hubiéramos deseado que una cuestión de extraordinaria magnitud como la que plantean los señores diputados, no hubiera llegado sorpresivamente al recinto. Si en realidad existe una conspiración internacional contra el país, debió ser denunciada documentadamente por el Poder Ejecutivo.

¿Cómo vamos a estar defendiendo una falsa posición, cuando la Unión Cívica Radical —bien lo saben los señores diputados—, en América y en el mundo, sin complicaciones de ninguna naturaleza, creó una doctrina recta internacional, de mutuo respeto entre todos los países, con el concepto de que ninguno de ellos puede intervenir en las cuestiones de los otros? ¿Quién habló por primera vez de la autodeterminación de los pueblos?

El señor diputado Bagnasco ha dicho que la Unión Cívica no era un partido doctrinario y que desde el gobierno había fracasado.

Sr. Bagnasco. — No he dicho eso. Manifesté que en el gobierno no supo concretar la doctrina radical.

Sr. Illia. — De ser observada la doctrina internacional de Hipólito Yrigoyen por el gobierno actual, Argentina hubiera contribuido eficazmente al afianzamiento de la paz, no tendríamos desavenencias y resquemores con naciones americanas.

En aquella época la Unión Cívica Radical y el gobierno del doctor Yrigoyen siguieron una política internacional de verdadera y efectiva paz con todos los pueblos de América. Argentina

era respetada en todo el mundo y ocupaba una jerarquía internacional destacada.

—Suena la campanilla indicadora de que ha vencido el término de que dispone el orador para hacer uso de la palabra.

Sr. Illia. — Argentina tuvo la jerarquía internacional que los señores diputados quieren ahora dar a esta nueva Argentina. En la Argentina de siempre los postulados internacionales de autodeterminación de los pueblos y de respeto recíproco fortalecían las relaciones internacionales, e incidentes como el que tratamos eran resueltos sin estridencias y con comprensión.

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia hace notar al señor diputado por Córdoba que no se ha referido para nada al artículo que se discute.

Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Bustos Fierro. — Debo una explicación a la Honorable Cámara y a mis compañeros de sector con motivo de la ocasión en que uso de la palabra.

La había solicitado para discutir el artículo 19 en la creencia de que la oposición habría de dar las razones que tiene a fin de oponerse al mismo, y la Secretaría me anunció que el portavoz de ese pensamiento sería el diputado por Mendoza señor Vitolo, de manera que en el orden de la lista de oradores yo me encontraba anotado después de él.

Esperaba que la exposición del señor diputado Vitolo se refiriese concretamente a lo que hasta ahora ha estado permanentemente ausente de los argumentos de la minoría. Me refiero a la oposición a la norma jurídica, ya que es manifiesto que tanto en el debate en general como en el tratamiento en particular hasta ahora no ha habido referencia de ninguna especie tendiente a objetar el sentido jurídico de la norma que esta ley impone.

Como elocuentemente lo han puesto de relieve mis compañeros de sector, la oposición anuncia su voto negativo única y exclusivamente fundada en que, de acuerdo con las palabras del señor diputado Frondizi, la Honorable Cámara se apresta a sancionar una nueva ley de tipo represivo, y por lo tanto atentatoria contra la libertad.

Sr. López Serrot. — ¡Ahora va a resultar que esta ley no es de tipo represivo!

Sr. Colom. — Esta ley está contra la traición.

Sr. Bustos Fierro. — Esta ley crea una figura delictiva e impone la correspondiente sanción.

La oposición ha rehuído manifiestamente, con la ausencia del señor diputado por Mendoza —que estaba anotado precisamente para traer la opinión de su bloque—, controvertir sobre este particular, y con la ausencia total de argu-

mentos que el debate ha puesto de relieve, de parte de los otros señores diputados de la oposición que han hecho uso de la palabra, la única razón que queda en pie es que esta ley, sin duda de tipo represivo, atenta necesariamente contra la libertad.

La libertad, señor presidente, es una palabra santificada por la lucha secular de las generaciones que nos han precedido dentro y fuera de nuestra patria, en persecución de un destino mejor. La libertad es el contenido y la aspiración suprema de la existencia humana. La libertad es la participación de todos los hombres de una comunidad civilizada dentro de un orden de justicia, de equidad y de progreso común. La libertad no puede ser una pantalla que arbitrariamente se coloque delante de cada circunstancia para disimular la carencia absoluta de razones que ha exhibido la oposición en este debate. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Desde el fondo de nuestra historia dos juicios emitidos por dos protagonistas excelsos de la patria, vienen a dar el fundamento de la norma jurídica que hoy sancionamos. Son las palabras de Mariano Moreno cuando la intona de restauración cesárica: «Ningún argentino, ni ebrio ni dormido, puede tener impresiones contra la libertad de su patria.» Son las palabras de José de San Martín cuando el país experimentó el primer cerco, el bloqueo económico dispuesto por Francia: «Lo que no puedo comprender es que haya argentinos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para afrentar a su patria. Un crimen de semejante naturaleza ni la muerte lo podrá borrar.»

Esos dos magnos juicios, que vienen desde el fondo de la historia patria, encuentran su concreción en la norma jurídica que hoy la Cámara sanciona; y lo encuentran en momentos en que, por consecuencia de la evolución de la crisis mundial hacia otros destinos de la humanidad, este tipo de acciones que reprime la norma alcanzan la categoría máxima de crímenes de lesa patria.

¿Cuál ha sido el sentido profundo de toda ley represiva? A través del ordenamiento jurídico que Occidente nos ha dado, ¿cuál ha sido la razón fundamental de la represión que, según las palabras del señor diputado Frondizi, significa siempre atentar contra la libertad? Ese sentido represor ha sido dado permanente y fundamentalmente en defensa y en salvaguardia de la propiedad privada y de la seguridad personal y se traduce en un esquema de normas que defienden contra el robo, contra el hurto, contra el homicidio o contra las agresiones personales. ¿A quién se le ocurriría decir que cuando el legislador sanciona una norma represiva del hurto, del robo o del atentado de cualquier especie contra la

seguridad privada se está afectando a la libertad? ¿A quién se le ocurriría decir que hay una afrenta a la libertad humana cuando el legislador sanciona leyes destinadas a la defensa del patrimonio o a la protección del honor o de la vida de los habitantes de un país? Peregrino argumento sería, señor presidente, que pondría en el trampolín del ridículo a quien así lo afirmara.

Pero si son respetables, señor presidente, los derechos individuales, patrimoniales y personales, afirmo que en esta hora que vive la humanidad tanto o mucho más respetables son los derechos sociales, tanto o más fundamentalmente importantes son los atentados contra los derechos de la sociedad y que, en consecuencia, el legislador ha de dictar las normas represivas contra actos como el boycott, el sabotaje, el dumping, como tantas formas que puede asumir el delito social, con un sentido de represión más grave, más severo que el de la represión de los delitos contra los derechos individuales. Y si este concepto no puede ser honestamente discutido a la altura en que se encuentra la mentalidad jurídica de nuestro tiempo, ¿cómo habríamos de poner en tela de juicio la potestad del legislador para dictar normas que prevengan nada menos que el atentado contra la integridad del ser mismo de la Nación y de la patria? (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Los viejos focos de la cultura grecolatina, de cuya savia nutricia se alimenta la cultura de Occidente, nos dieron por ejemplo de sus comunidades cuál era la medida del alcance represivo que ellas asignaron a acciones de esta índole. Grecia y Roma crearon para los delitos de esta naturaleza las más tremendas, las más horripilantes penalidades que pueda concebir la mente humana: la muerte en el instrumento de máxima tortura existente para el ejecutor material del hecho; la infamación de su nombre; la infamación de su patronímico y de su especie y de su raza; la persecución de su progenie; el arrasamiento de su hogar y la siembra con sal del terreno en el que ese hogar había sido levantado, para que esa siembra con sal fuese el símbolo de la esterilidad definitiva de esa raza, de ese nombre y de ese solar en que vivió el sujeto que había cometido tal delito. Tremendos sanciones represivas nos exhiben aquellos pueblos a quienes tomamos en muchos de sus aspectos como arquetipos de la democracia, como modelos del Estado que nace y que puja por afirmarse con solidez en el destino universal.

La evolución de la conciencia jurídica ha borrado a lo largo de dos mil años ese tremendo carácter sancionador de aquellas normas, porque parejamente a ello ha ido operándose también una evolución de la conciencia moral de todos los hombres en general, y de cada hombre en particular, que nos hacía caer en la ingenua

creencia de que habíamos ya superado definitivamente esta tremenda, esta inconcebible posibilidad de un hombre que se vuelve el difamador, el traidor, el entregador de su patria para servir a sus pasiones personales o a sus pasiones de partido.

Pero hete aquí que nos encontramos al premediar el siglo XX en una encrucijada en que las naciones y las patrias necesitan armarse nuevamente para defender la esencia misma de su ser y su perduración en la historia. En la encrucijada de este siglo, señor presidente, dos tremendos imperialismos, dos Goliats de bronce, de hierro, de sangre y de fuego se levantan anunciando la lucha de exterminio sobre el mundo, y desembozadamente proclaman el imperialismo y la lucha por el dominio mundial. La doctrina marxista, la práctica soviética realizadora de esa doctrina, lo ha declarado en todos sus textos y en cada uno de los actos que realiza; y los representantes del otro imperialismo, del otro Goliat de mi imagen, anuncian por labios de hombres tan autorizados como James Buanham, que los Estados Unidos tienen que declarar confesadamente su programa de dominación mundial.

Este es el cuadro histórico en el cual se mueve el sentimiento de defensa de las naciones por su propio ser.

La República Argentina, informada de la doctrina justicialista anunciada y ejecutada por el general Perón, se encuentra sometida de este modo a un cerco que pretende asediarla, por que la tercera posición argentina está despuntando todo el contenido de una nueva conciencia jurídica, política, económica y ecuménica que anuncia a la humanidad su futuro destino. Y por ello esta lucha ya no es como la lucha bíblica de David con Goliat; es la lucha de un pequeño y magnífico David contra dos tremendos y omnipotentes Goliats. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Es por eso que las normas tendientes a resguardar los derechos sociales y los derechos fundamentales de la nacionalidad tienen en esta hora una significación y una exigencia imperativa para poder seguir caminando frente a la historia. Por eso los hombres del bloque peronista hemos puesto sin hesitación nuestra firma al proyecto presentado por nuestro colega, que ha tenido tan feliz iniciativa; por eso los hombres del bloque peronista en esta y en todas las encrucijadas análogas estaremos movidos siempre por esa conciencia, que es conciencia que responde a la hora crucial por que atraviesa la humanidad. Para la defensa de la patria, de la tradición argentina, de nuestro presente y de nuestro mañana, de nuestro glorioso hoy conquistado por obra de Juan Perón y de Eva Perón, con el concurso de nosotros, modestos soldados que acompañamos en sus vigiliass y en

sus jornadas extenuadoras a los conductores de nuestra revolución, y que tenemos la plena conciencia de que no solamente estamos preservando el sentido tradicional de la defensa nacional —propia de los Estados modernos— sino que al mismo tiempo estamos anunciando desde esta pequeña nueva cuna de la humanidad un hito, un camino, un fanal de luz para los destinos del mundo entero del mañana. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

No hemos recibido de parte de los señores diputados opositores ninguna otra razón, ningún otro argumento para oponerse a prestar su concurso a esta ley, respecto de la cual hubiéramos aspirado a que contase con el voto unánime del Parlamento argentino para que a los cuatro rumbos del horizonte demostrase que ésta es una efectiva democracia, que es una auténtica realidad popular la que se vive en este país, y que por encima de las discrepancias duras, encontradas, de todas las críticas que sean necesarias, el Parlamento sabe unirse en aquello que reclama la conciencia fundamental del país en los momentos en que así lo exige el destino superior de la patria.

Lamentablemente, señor presidente, a pesar de las exhortaciones, a pesar de la brillantez y claridad de los argumentos expuestos por mis compañeros de representación, no hemos logrado arrancar a la minoría de esa posición de capricho, de esa obstinación cerrada que, en palabras que no condicen con la jerarquía intelectual del señor diputado por Córdoba, se ha limitado a manifestar recientemente que votará por la negativa, sin dar ningún otro argumento ni otra razón que la de que el partido que ellos representan, continuador del de Hipólito Yrigoyen, se siente afectado porque estamos reprimiendo una actividad delictiva que atenta contra el ser de la Nación.

Yo tuve el alto honor de conocer y tratar, en los ya lejanos años de mi adolescencia, al presidente Yrigoyen, y supe de su fibra auténtica de argentino. En aquellos años de mi mocedad he visto a Hipólito Yrigoyen derramar lágrimas recordando el fracaso, por las maquinaciones de los intereses capitalistas foráneos, de su pequeño sueño dorado del ferrocarril a Huaytiquina. Hipólito Yrigoyen no pudo siquiera llevar a cabo esa legítima y pequeña ambición argentina sobre nuestros transportes.

Yo recuerdo a Yrigoyen dictando su cátedra del principio de autodeterminación de los pueblos al canciller Pueyrredón, cuando le ordenó retirarse de Ginebra en oportunidad en que la Sociedad de las Naciones conculcó el principio de la igualdad jurídica de los pueblos, sustentado hoy por la doctrina peronista. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Y sé por ello que si Hipólito Yrigoyen hubiese estado vivo en las presentes circunstan-

cias dramáticas para el país y para el mundo, hubiera desautorizado rotundamente que su nombre se utilizara como pantalla para oponerse a una legislación preservativa de la soberanía y de la dignidad de la Nación.

Su profundo amor por las instituciones argentinas, por su pasado y por su presente, habría hecho que Hipólito Yrigoyen, como todos los hombres que tuvimos el honor de ser con él yrigoyenistas y ahora peronistas, se hubiera puesto incondicionalmente a las órdenes del general Perón. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Hay un nombre, señor presidente, que se ha vuelto símbolo de oprobio y de ignominia: Quisling. Es el nombre de aquel nórdico y sombrío personaje que prestándose al juego de los prepotentes señores dominadores del mundo, no vaciló en su hora en servir a todas las maquinaciones del imperialismo que en aquel momento se desataba agresivamente sobre la humanidad entera.

Yo no quisiera, señor presidente, para este Partido Radical, para este partido que lleva el nombre pero que ha perdido el espíritu radical, no quisiera para este partido que se dice protegido por la sombra augusta de Yrigoyen, que en ésta ni en ninguna circunstancia la conciencia argentina tuviera que nombrarlo como el «partido Quisling» de la Argentina. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — No vamos a tolerar que se nos injurie...

Sr. Illia. — ¡Que retire esa expresión!

Sr. Presidente (Cámpora). — Las apreciaciones del orador son de índole política.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Córdoba.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. López Serrot. — ¡Que retire la expresión el señor diputado por Córdoba!

Sr. Presidente (Cámpora). — La Presidencia ya ha formulado la consideración precisa con respecto a los términos empleados por el orador.

Sr. Frondizi. — El señor diputado por Córdoba...

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana mientras se produce un desorden.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Bustos Fierro. — Presento mis excusas al señor presidente y a mis colegas por la actitud inconveniente que he asumido. Bajo la estridencia de la campana no escuché agravios de carácter personal por parte de los señores diputados de la oposición, pero al percibir uno de ellos he tenido esta reacción, por la que pido excusas a la Honorable Cámara.

En cuanto al concepto que he emitido al decir que aspiro a que este partido no llegue a ser calificado como el partido «Quisling» de la República, vale decir, a que este partido no llegue a ser considerado como la quinta columna introducida en el país para servir intereses foráneos, lo mantengo totalmente, porque no quiero que estos hombres que son nuestros adversarios políticos y que se dicen continuadores de la tradición nacionalista de Yrigoyen, puedan recibir semejante baldón de la conciencia juzgadora del pueblo argentino.

Pero los señores diputados, que se dejan llevar con tanta facilidad en todas las tribunas de la República y en el mismo Parlamento por los afares retóricos, que no han vacilado en afirmar que el presidente argentino Juan Perón es capaz de obedecer a intereses extraños a la Nación, sepan que nosotros los vamos a combatir frente a esas agraviantes imputaciones con la misma energía y con la misma retórica también, si es necesario. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

—Suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Bustos Fierro. — Al sancionar la norma jurídica que en esta sesión consagra el Parlamento, la disposición de ánimo de todos los hombres que representamos a este sector será siempre la misma para todos los opositores de nuestro movimiento, inspirada en las palabras pronunciadas desde ese sitio por el señor presidente de la Nación y jefe político nuestro, desde el primer día en que recibió la investidura constitucional de jefe supremo de la Nación. Con esas palabras nosotros estaremos llamándolos permanentemente a la concordia argentina, exhortándolos a un trabajo tenaz por un destino mejor; pero sepan los señores diputados que estaremos también constantemente vigilando y ejecutando el mandato popular que nos ha traído y que no habremos de desviarnos en ninguna encrucijada. Sigue siendo, como en las horas históricas en que proclamamos la candidatura del general Perón, una sola nuestra consigna. Con sus palabras yo digo: «Nuestra empresa es alta y clara nuestra divisa. Nuestra causa es la causa del pueblo; nuestra bandera es la bandera de la patria.» (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Astorgano. — Pido la palabra para una moción de orden.

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Astorgano. — Hago moción de cerrar el debate.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar la moción de orden, formulada por el señor diputado por la Capital, de que se cierre el debate.

— Resulta afirmativa de 78 votos; votan 86 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar el artículo 2º del proyecto de ley.

— Resulta afirmativa de 81 votos; votan 83 señores diputados.

— El artículo 3º es de forma.

Sr. Presidente (Cámpora). — Queda sancionado el proyecto de ley (1).

Por Secretaría se dará lectura del artículo 1º del proyecto de ley despachado en segundo término por la Honorable Cámara constituida en comisión.

Sr. Secretario (Zavalla Carbó). — El artículo 1º dice así:

Artículo 1º — Privase de la ciudadanía argentina a Walter Beveraggi Allende.

Sr. Presidente (Cámpora). — Ha solicitado el uso de la palabra el señor diputado por la Capital. Está anotado en primer término el pedido del señor diputado por Corrientes...

Sr. Dávila. — No tengo inconveniente en ceder el turno al señor diputado por la Capital.

Sr. Presidente (Cámpora). — El señor diputado por Corrientes quedará anotado en tercer término. Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. López Serrot. — Señor presidente: no entro a juzgar la situación particular del ciudadano que se menciona en el proyecto de ley que consideramos. No entro a juzgarla por cuanto la posición del bloque de la Unión Cívica Radical ya ha sido fijada con precisión, como preámbulo, por los distinguidos colegas que han hecho uso de la palabra.

Casi exclusivamente sobre un aspecto del asunto, deseo llamar la atención de los colegas que se encuentran abocados en este instante, no a la tarea de dar forma a una resolución que convenga a sus intereses políticos o de propaganda, sino a la sanción de una ley de la Nación que debe ajustarse en primer término a la Constitución Nacional.

Este no es el caso del artículo 33 de la Constitución, que prevé cuándo un ciudadano se encuentra comprendido en él e incurre en delito de traición, que consistirá únicamente en tomar las armas contra la Nación o en unirse con sus enemigos prestándoles ayuda y socorro. Todavía no se ha sancionado la ley especial —que el Congreso debe aprobar—, para determinar la forma como ha de ser castigado este delito. Por lo tanto, este Congreso se encuentra en mora en lo que respecta al cumplimiento del artículo 33 de la Constitución Nacional, auspiciado por el partido de la mayoría en la Convención Constituyente de 1949.

Además, no sabemos en virtud de qué disposición legal esta Cámara va a aplicar la sanción que se proyecta. En este momento me asalta una preocupación de carácter constitucional, ya que la Honorable Cámara va a sancionar a un ciudadano...

Sr. Visca. — No es un ciudadano, es un traidor.

Sr. López Serrot. — ...sobre la base de publicaciones cuya autenticidad no nos consta. Los integrantes del sector de la mayoría ni siquiera han intentado ofrecer una sola prueba en materia de autenticidad de esas publicaciones.

Sr. Colom. — Ya he afirmado que se trata de una publicación auténtica.

Sr. López Serrot. — Sobre la base de la información que tenemos los diputados de la minoría —que son las publicaciones difundidas en el día de ayer por la Subsecretaría de Informaciones y Prensa de la Presidencia de la Nación, y en casi todos los diarios del país— la mayoría va a votar favorablemente la sanción proyectada contra un ciudadano argentino.

Si los señores diputados tienen en su poder testimonio fehaciente e inobjetable que acredite la autenticidad de tales publicaciones, los invito a que lo hagan conocer a este cuerpo para desvanecer la preocupación que me asalta. Es necesario que se acredite la prueba fehaciente sobre la comisión del delito. Debemos sujetarnos al juicio previo, base y fundamento del discernimiento de justicia emergente de nuestra Carta fundamental. Si lo dejamos de lado, abandonamos una de las normas más elementales de procedimiento criminal, es decir, la prueba del delito, la constatación del hecho concreto de que se acusa. Ello sin referirme, como lo haré más adelante, al derecho de defensa que le asiste al acusado.

Sr. Colom. — ¿Me permite una interrupción el señor diputado?

Sr. López Serrot. — Sí, señor diputado.

Sr. Colom. — Como el señor diputado López Serrot tiene escrúpulos de conciencia para dar su voto afirmativo en el proyectado retiro de la ciudadanía al señor Beveraggi Allende, me veo en la necesidad de afirmar bajo mi responsabilidad de diputado de la revolución, y la del sector peronista, cuya representación a ese efecto asumo, que las acusaciones formuladas contra

(1) Véase el texto de la sanción en la página 871.

el señor Beveraggi Allende son rigurosamente exactas. No sólo son auténticas las transmisiones cablegráficas hechas por las agencias noticiosas de los Estados Unidos referentes a este asunto, sino que la prensa de la ciudad de Boston en sus ediciones de los días 8 y 9 de junio de 1951 ha transcrito parte de la conferencia radiotelefónica por la cual Beveraggi Allende propiciaba sanciones contra su propia patria.

Sr. Ottonello. — Pero eso no sirve para los señores diputados.

Sr. Colom. — Si no bastara la afirmación que hago bajo mi responsabilidad de diputado de la República sobre la veracidad de la indignidad cometida por Beveraggi, pongo a disposición del sector de la oposición y de mis compañeros de sector la renuncia de mi banca para el caso de que no fuese exacta la denuncia.

Sr. Visca. — Está en todos los diarios.

Sr. López Serrot. — Agradezco la información suministrada a la Cámara por el señor diputado Colom; pero tanto el señor diputado como los demás que se encuentran presentes en el recinto, reconocerán que no es procedimiento parlamentario para dar por probado un hecho el testimonio de un diputado de la Nación.

Sr. Visca. — Corroborado por todo el sector.

Sr. López Serrot. — Corresponde aportar elementos fehacientes absolutamente inobjectables que acrediten la veracidad de cuanto se ha afirmado.

Sr. Colom. — El señor diputado agravia a la prensa argentina, que ha publicado toda la conferencia.

Sr. López Serrot. — Deseo expresar a la Honorable Cámara otra preocupación de carácter constitucional relacionada con la ley que consideramos.

La Constitución Nacional, que no es la ley fundamental dictada por la oligarquía, sino la sancionada por la Convención Constituyente peronista de 1949, establece en su artículo 29 lo siguiente: «Ningún habitante de la Nación puede ser penado sin juicio previo fundado en ley anterior al hecho del proceso, ni juzgado por comisiones especiales, o sacado de los jueces designados por la ley antes del hecho de la causa.» Vale decir que la Cámara, al privar de la ciudadanía a un nativo de la República, está aplicando una sanción y vulnerando, por lo tanto, el artículo 29 de la Constitución en sus tres aspectos.

No hay juicio previo. Hemos visto que ni siquiera existe la observancia de los requisitos elementales del procedimiento criminal.

Sr. Visca. — Es un juicio. Hasta tiene defensores.

Sr. López Serrot. — No hay ley anterior al hecho del proceso. Es norma elemental de derecho penal en todos los países civilizados que nadie puede ser penado sino en virtud de ley anterior al hecho por el cual se le juzga. La

incorporación de esa norma creó en todos los países civilizados un estado de seguridad dirigido a aquellos a quienes la ley debe ser aplicada a los fines de que no puedan ser sorprendidos hoy con la aplicación de una sanción relacionada con un acto cometido ayer, cuando ayer todavía no estaba reprimido ese acto que el ciudadano o el habitante pudo realizar, porque sabía que no cometía delito.

Sr. Filippo. — ¿Me permite una brevísima aclaración el señor diputado?

Sr. López Serrot. — Sí, señor diputado.

Sr. Filippo. — El artículo 21 dice: «Una ley especial establecerá las sanciones para quienes, de cualquier manera, preconizaren o difundieren métodos o sistemas mediante los cuales, por el empleo de la violencia, se propongan suprimir o cambiar la Constitución.»

Quisiera que el señor diputado me aclarara ahora cuál es esa ley especial.

Sr. López Serrot. — Agradezco al señor diputado Filippo la interrupción; pero es evidente que el refrán aquel de «zapatero a tus zapatos» en este caso es de aplicación.

Sr. Filippo. — Muchas gracias por el elogio, señor diputado.

Sr. López Serrot. — El artículo 21 se refiere a la defensa de la Constitución, y habla de una ley especial, pero esa ley especial debe ser anterior al acto por el cual se juzga al ciudadano.

Sr. Filippo. — Aquí no dice «anterior»; aquí dice: «Una ley especial establecerá las sanciones...». De manera que se puede compaginar.

Sr. López Serrot. — En tercer término, se viola el artículo 29 de la Constitución, porque se saca al acusado de sus jueces naturales.

Acaba la Honorable Cámara de aprobar, y por lo tanto tiene ya media sanción, una iniciativa creando el delito con relación a aquellos que promuevan o sostengan o preconicen la intervención extranjera en las cosas de nuestra patria. Es decir, que en la misma disposición se crea el juez natural. Lo hace, como lo dice el artículo 29 de esa iniciativa, que contó con la conformidad de los señores diputados de la mayoría, cuando establece que los jueces federales entenderán en esta clase de delitos. Quiere decir que hoy los jueces naturales del ciudadano a que se refiere este proyecto son los que corresponden en razón de su domicilio y a las otras cuestiones que hacen a la competencia.

Pero en este caso invoco, además, el antecedente que la Honorable Cámara acaba de sentar, estableciendo, por conducto de su mayoría, que los jueces naturales para entender en esta clase de asuntos son los jueces federales.

Sr. Visca. — Pero no para quitar la ciudadanía.

Sr. López Serrot. — Sostengo, en nombre de este bloque, repito, sin entrar a considerar la situación particular del ciudadano Beveraggi Allende, sin entrar a juzgarlo, porque de ser así

pondríamos nuestro mayor celo y nuestro mayor empeño en hacerlo si se trajeran a esta Cámara los elementos de juicio indispensables y las pruebas fehacientes, que aun así la aplicación de una ley penal posterior al hecho que se incrimina atenta contra el artículo 29 de la Constitución Nacional, que hace que la ley que se va a sancionar sea inconstitucional, porque el ciudadano afectado no ha sido sometido al juicio previo indispensable y porque se lo saca de los jueces naturales para juzgarlo.

Aristóteles dijo —hoy lo mencionaron y ayer también— que la justicia es la base de la sociedad. Nosotros seguimos creyendo en la necesidad de defender a la República contra cualquier peligro extraño. Me remito sobre el particular a las palabras pronunciadas por el vicepresidente de nuestro bloque, señor diputado Frondizi, que ha fijado con claridad la posición de la Unión Cívica Radical.

También sostenemos con firmeza el imperio de la Constitución Nacional y de la leyes vigentes. Sé que se me podrá argumentar que el artículo 29 de la Constitución, por el que yo propugno, se encuentra en desuso, y que ese podría ser el juicio de algún sencillo hombre del pueblo autorizado a opinar así con los elementos que ha podido reunir en los últimos días, porque ese mismo hombre del pueblo habrá leído que en el artículo 29 se establece que quedan abolidos para siempre la pena de muerte por causas políticas, toda especie de tormento y los azotes.

La mayoría de esta Cámara va a arrasar, con la sanción de esta noche, el artículo 29 de la Constitución, artículo que no es tenido en cuenta por este oficialismo que tolera o auspicia la reimplantación en nuestro país de los tormentos y de los azotes...

Sr. Visca. — No, señor diputado.

Sr. Díaz. — El señor diputado por la Capital está fuera de la cuestión.

Sr. López Serrot. — ...como ha ocurrido con el estudiante Bravo, que ha sido torturado y azotado por la Policía Federal.

Sostenemos que este proyecto que la Cámara votará por decisión de su mayoría resultará una ley inconstitucional. Nosotros somos fieles a la Constitución, defendemos sus principios y sus garantías, no sólo para los ciudadanos, sino también para todos los habitantes del país.

Estamos obligados a deslindar así nuestra responsabilidad con relación a este proyecto y sostenemos también que no será la Corte Suprema de Justicia —creada por este justicialismo— llamada por la ley a decir su palabra definitiva sobre la constitucionalidad o inconstitucionalidad de esta nueva ley, la que restablezca el imperio de la Constitución...

Sr. Miel Asquía. — ¿Por qué prejuzga el señor diputado?

Sr. López Serrot. — ...porque le falta a ese tribunal la envergadura necesaria y le sobra docilidad. (*¡Muy bien!*)

Sr. Miel Asquía. — Es una ofensa que el señor diputado infiere a la Corte Suprema.

Sr. Decker. — Pese a la manifestación del señor diputado López Serrot, le sobra jerarquía a la Corte.

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Visca. — Durante la discusión de este proyecto de ley, que tiende a expresar por intermedio de esta Cámara el juicio de la mayoría del pueblo argentino contra quien, junto con tantos otros, trata de fomentar en el exterior una campaña de desprestigio —que tiene también sus representantes dentro del país— no contra el gobierno, sino contra la soberanía, los intereses de la Nación y su prestigio internacional, hemos escuchado esta tarde en el sector de la oposición palabras, declamaciones y conceptos con los que pretenden negarnos autoridad y, a su vez, abrogarse ellos a sí mismos, con exclusividad, toda la autoridad que corresponde a representantes de un partido político. Hemos escuchado así al diputado presidente del bloque opositor; también lo ha hecho otro señor diputado por la Capital y, ya en un tono casi patético, un representante de la provincia de Córdoba.

Han hablado de Yrigoyen, del radicalismo, de tradiciones de partido, de democracia, de respeto a las instituciones, de defensa de los derechos de la ciudadanía, y de todo cuanto podía esperarse que dijeran como acto declamatorio quienes han olvidado, no sé si por insomnio político o amnesia total, lo que respecta al pasado. ¡Ignoramos que Jordán prestó sus aguas para la purificación total!

Los representantes del radicalismo, que defienden situaciones como la que se debate, de campañas desde el exterior contra el país, sostienen muy angélicamente que están dirigidas contra el partido oficial y contra el presidente de la República, no contra los intereses de la Nación.

Eso no es verdad, señores diputados. En Boston se ha levantado una voz pagada que, despotricando contra la economía de la Nación, insinúa la necesidad de ahogarla a través de una persecución al gobierno argentino, al país y al partido que apoya a aquel gobierno; propicia también el ahogo de la clase trabajadora que lo respalda y, sobre todo, a la concepción doctrinaria que tiene una finalidad y que, pese a los señores diputados opositores, es la realización de grandes y viejas aspiraciones de las masas trabajadoras argentinas: la doctrina justicialista del general Perón. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

A pesar de las referencias que los señores diputados han traído de su radicalismo y de su pretendida autoridad para hablar de democracia, de derechos de instituciones y para defender

este caso triste, denigrante y alevoso de un argentino mal nacido, a través de lo que voy a decir niego a los señores diputados la autoridad que ellos pretenden tener para erigirse en catones de la moral política de la República, y con mayor razón en cuanto pretenden serlo del sector político al que pertenezco.

En la Unión Cívica Radical hay, en la intransigencia, conservadores y transigentes...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Visca. — En el unionismo hay divisionistas e izquierdistas.

Sr. Frondizi. — Y en el peronismo ¿qué hay?

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Visca. — Estos defensores de Beveraggi Allende conforman, con los partidos Socialista, Demócrata Nacional y Demócrata Progresista, la Unidad Democrática. Ninguno de esos partidos está exento de culpa. Puede erigirse en juez único respecto de los hechos y personajes del pasado.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Visca. — Vale decir que a todos los alcanza por igual eso que ellos pretenden no tener para convertirse aquí, ante la opinión pública, en Catones y censores despiadados del Partido Peronista y muy especialmente de sus representantes.

Tan amalgamados están los que, como Allende, hacen la propaganda en el exterior y los que la hacen dentro del país, que se sostiene en forma irrefutable que no será una cuestión fácil salir de esta crisis. ¿Por qué piensan así? Porque entienden que desgraciadamente no se saldrá de ella por la vía electoral, es decir, que no habrá solución comicial en la Argentina. De modo que hay quienes sostienen, dentro de la Unión Cívica Radical, lo contrario a lo dicho por el señor diputado por Córdoba, de que ellos no propician una revolución, pues aquí está la prueba de que hay quien sostiene la revolución por medios directos o indirectos desde el exterior.

«El radicalismo —dice— posee una fuerza caudalosa popular, pero no tiene en este momento la dirección que exige la hora que vive el país, no por falta de aptitudes en los hombres que integran ese elenco directivo, sino porque carece del conjunto de otros esfuerzos

necesarios: destacados líderes del radicalismo no integran la mesa directiva del comité nacional.»

Este documento pone de relieve algo que nosotros venimos denunciando respecto de la división y falta de representación auténticamente popular de los sectores en que está dividido el radicalismo y que los señores representan...

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Frondizi. — Se está refiriendo a problemas internos de nuestro partido.

La ley debe ser pareja.

Sr. Visca. — «Una sola fracción ocupa los cargos directivos, privando al partido —venirían a ser los intransigentes—, en un momento en que hay que sumar esfuerzos y levantar la puntería, del concurso de ciudadanos probados en la función pública. Si lograra unirlos por encima de las pequeñas reyertas domésticas...

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Visca. — Nosotros estamos sosteniendo, mediante este proyecto de ley, la necesidad de señalar en este caso, como lo haremos en cada uno de los casos siguientes, a los traidores al país, a sus intereses económicos y a su soberanía, cuyo respaldo y dirección, de acuerdo con la Constitución, están a cargo del señor presidente de la Nación.

Este documento, que no voy a seguir leyendo en este aspecto del asunto, tiene un final también para el señor diputado por Córdoba, que ha hablado de Yrigoyen, y ha traído al radicalismo aquí para presentar a algunos de nuestros hombres como teniendo un pasado en la política argentina. ¡Pero si el peronismo nació en esa noche gloriosa del 17 de octubre y los electores de aquel momento glorioso del 24 de febrero no han caído con un paraguas del cielo: han venido a través de años de lucha, de sacrificios, de errores, de aciertos, como los tiene ese partido y como está señalado aquí en el caso de Yrigoyen! Actuaron en la vida pública argentina.

El doctor Illia habló de Yrigoyen, y este documento le contesta: «Yrigoyen, a pesar del saldo favorable de su primera presidencia, debió gobernar al país frente a la venalidad y a la corrupción.» Venalidad y corrupción que eran exclusivas de la Unión Cívica Radical a la mañana del 6 de septiembre, por propia realización del gobierno de aquel partido. Y el pueblo los barrió...

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Visca. — «Yrigoyen declaró que él no era un gobernante de orden común. Por eso ni sus errores lo fueron. Resultaron más graves en su segunda presidencia que lo que podía aguantar el país. Hizo estallar las cuerdas de la resistencia nacional. El pueblo castigó en 1930 dos años de desquicios e ilegalidad. Al morir el líder hizo la síntesis: limpió el lodo.»

El apostolado cívico de toda una vida cubría con su amplio manto dos años de gobierno incontrolado. Para tranquilidad y vergüenza de los señores diputados de la Unión Cívica Radical, todo lo que acabo de leer lo afirma el ex diputado nacional Ernesto Sammartino en este libro en que pretende denigrar al Partido Peronista, a sus hombres, al gobierno, a la dignidad de la República y a todo lo que hace al pasado político argentino. Da vergüenza que los señores diputados de los dos sectores en que está dividida la Unión Cívica Radical no lo conozcan. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Visca. — En esa confabulación exterior, por la cual sancionamos a este sujeto, está también la cartita a que hizo referencia el señor diputado por la Capital, cuya autenticidad debió reclamar la atención del señor diputado López Serrot, como reclamó hace un momento por la publicación en los diarios de las palabras antiargentinas de Allende.

Sr. Frondizi. — Estoy dispuesto a dar pruebas...

Sr. Visca. — Esa cartita la tengo aquí. Su fecha prueba que se trata de un elemento venido del exterior, pretendiendo presentar al hombre que ha dado más ejemplos, en los últimos años y en toda la historia del país, de amor y respeto a su pueblo y a las instituciones...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Visca. — La carta está fechada el 26 de febrero de 1946, dos días después de los comicios del 24, en que todas las trompetas habidas y por haber de la Unidad Democrática, de Braden y de los cheques, anunciaban que habían ganado Tamborini-Mosca, que no hubieran tenido el apoyo de hombres de la Unión Cívica Radical por saber ya que estaban en la entrega del país mediante compromisos políticos que significaban más de \$ 5.000.000 recibidos de los copetudos de la industria. (*Aplausos.*)

Esa carta fué motivo, en el Senado del Uruguay, el 14 de agosto de 1946, de un desmentido.

No es éste el momento de leer los párrafos pertinentes. El senador Haedo, que habló en esa oportunidad, negó la autenticidad de la carta, y demostró que obedecía a una intriga infame, a intereses foráneos, a una confabulación que parece subsistir para mantener en pugna a dos pueblos que juntos entregaron su sangre por la libertad, pueblos considerados siempre como hermanos.

No son las palabras del senador Haedo las que tomaré para negar autenticidad a la carta, para negarle el significado que se pretendió darle en aquel entonces, y en el día de hoy. Es una carta de procedencia inicua e infame; es un libelo más de los que andan por el país y que reparten los cofrades de los señores diputados.

Un señor senador —el doctor Arroyo Torres—, representante de la mayoría que gobernaba y gobierna al país hermano, que vibra de acuerdo con la doctrina justicialista de Perón y que espera la hora de mejoramiento de sus salarios y de sus condiciones de vida, como la esperan todos los negros humildes del Brasil, de Estados Unidos de América y de todos los pueblos del mundo, es quien con sus palabras dice lo apócrifo de la carta.

Esa carta es totalmente falsa. No debe quedar en el espíritu ni en la intención de nadie en este país ninguna preocupación respecto de esta carta cobarde, fechada el 26 de febrero de 1946, cuando todavía las urnas no habían cantado la victoria del hombre que ha liberado a su pueblo. En esa carta apócrifa se señala el deseo de inmiscuirse en cuestiones de otros pueblos, desconociendo los sentimientos del general Perón, que como gobernante podrá cometer errores, pero que esa noche del 17 de octubre de 1945, en honor, comprensión y homenaje a su pueblo —que le pidió que gobernara—, él prefirió dar al país y a sus adversarios la oportunidad de elegirlo en las urnas por respeto a la Constitución y a sus instituciones.

¿Cómo vamos a silenciar, entonces, nuestro repudio de argentinos frente a una campaña de confabulados realizada dentro y fuera del país? Nosotros estamos alerta contra la misma. En el libro que acabo de guardar existe la acusación infame de que el presidente de la República ha prometido enviar tropas a Corea, cuando todo el país sabe que Perón, en homenaje a su pueblo, ha dicho que hará lo que éste quiera.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Visca. — Hay muchos confabulados en esta campaña de falsas noticias. ¿Cuándo y dónde el excelentísimo señor presidente ha dicho que la sangre de los argentinos está a disposición de aspiraciones legítimas o ilegítimas de banderas extrañas a la nuestra? Se trata de calumnias insidiosas de agentes al servicio de una mala

causa perdida el 24 de febrero, y que sera mala como todas las que están dirigidas contra el pueblo. El señor presidente de la República ha dicho esto: «Haré lo que el pueblo quiera»

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Visca. — La traición que castiga esta ley está perfectamente determinada. El señor diputado Filippo —que tiene autoridad para opinar tanto sobre derecho constitucional como sobre derecho humano—, con conocimiento de las realidades argentinas, tuvo la valentía de decir lo que piensa desde el púlpito y desde otras tribunas, ya que señala su concepto sobre la traición, y con ese concepto estamos.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana

Sr. Presidente (Cámpora). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Visca. — En esta ley señalamos la traición. Quizá a los Constituyentes se les haya escapado la posibilidad de que un argentino no recordara aquello de que ni ebrio ni dormido debe atentar contra la libertad de su patria. La libertad de la patria está en sus instituciones, en las conquistas que la democracia logra a través de las decisiones populares; y esta también fuera del país en la soberanía, en la bandera izada en los mástiles de sus barcos y en la representación de sus legaciones y embajadas; está, en fin, en la unidad del pueblo argentino, que sabe discutir sus problemas dentro del país sin salir al exterior, sin cruzar al Uruguay para difamar, sin utilizar la cadena de diarios brasileña, sin asociarse en Chile, en contubernio vergonzoso y vergonzante con fuerzas encontradas y heterogéneas, para propiciar el cierre del comercio con la Argentina, la paralización de su economía, la privación de materiales críticos —tal el caso de Allende— y para acariciar el vano sueño de asociar a todos los malos argentinos para destruir a Perón. En esto los señores diputados han confesado también su complicidad total y definitiva, buscando la caída del gobierno. Para nosotros y la Nación, en la caída de Perón estarían implícitas la caída de las instituciones y de la soberanía argentina y la entrega de la patria a los consorcios extranjeros, que contaron en la intentona del 24 de febrero, como hoy, con el apoyo de la Unidad Democrática a través de Braden, entre los que formaba la Unión Cívica Radical. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Astorgano. — Pido la palabra para una moción de orden.

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Astorgano. — Hago moción de que se cierre el debate.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar la moción de que se cierre el debate, formulada por el señor diputado por la Capital.

—Resulta afirmativa de 79 votos; votan 86 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar el artículo 1º.

—Resulta afirmativa de 79 votos; votan 87 señores diputados.

—El artículo 2º es de forma.

Sr. Presidente (Cámpora). — Queda sancionado el proyecto de ley (1).

Sr. Miel Asquía. — Pido la palabra para una moción de orden.

Sr. Presidente (Cámpora). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Miel Asquía. — Previamente a la moción de orden que formularé, hago indicación de que no se llame a sesión en el día de mañana.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar la indicación del señor diputado por la Capital, de que no se llame a sesión en el día de mañana.

—Resulta afirmativa de 71 votos, con quórum de 80 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — ¿Cuál es la moción de orden que formula el señor diputado?

Sr. Miel Asquía. — Que se pase a cuarto intermedio hasta el próximo miércoles.

Sr. Presidente (Cámpora). — Se va a votar la moción de orden formulada por el señor diputado por la Capital, de que se pase a cuarto intermedio hasta el miércoles próximo.

—Resulta afirmativa de 71 votos, con quórum de 80 señores diputados.

Sr. Presidente (Cámpora). — Invito a la Honorable Cámara a pasar a cuarto intermedio.

—Se pasa a cuarto intermedio a las 21 y 55.

(1) Véase el texto de la sanción en la página 871.

4

A P E N D I C E

SANCIONES DE LA HONORABLE CAMARA

1

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º—Será reprimido con prisión de cinco a veinticinco años e inhabilitación absoluta y perpetua, el argentino que por cualquier medio propiciare la aplicación de sanciones políticas o económicas contra el Estado argentino.

Art. 2º—La aplicación de la presente ley estará a cargo de la justicia nacional. La prescripción de la acción no correrá mientras el autor del delito esté fuera de la jurisdicción nacional.

Art. 3º—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

2

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º—Prívase de la ciudadanía argentina a Walter Beveraggi Allende.

Art. 2º—Comuníquese al Poder Ejecutivo.